

¡VENDÍA CERILLOS!

FEDERICO GAMBOA

Edición y notas

Irma Quiroz Velasco

Presentación

Adriana Sandoval

I

¡Soñaba!

Soñaba encontrarse en un baño de agua fría, al aire libre, que lo hacía temblar con sus caricias. No podía nadar, y sentíase adolorido por la dureza del estanque. Iba a perecer; el agua, que había estado humedeciéndole las manos, suavemente, con dulzura, a intervalos, le llegaba ya a los ojos, después de haberle hecho cosquillas en la nariz y en la boca. Intentó el último esfuerzo, extendió el brazo y afianzado en la orilla salvadora... despertó. Su perro Turco, agitando la cola y corriendo de un lado a otro, ladraba con estrépito, permitiéndose de vez en cuando alargar la pata hasta la altura de la cara de su amo, que soñoliento todavía, lo dejaba hacer, sonriéndole con cariño. Se esperezó, comprendiendo que la lengua de Turco acababa de representar el papel del agua que lo ahogaba, y abandonó el lecho temblando siempre, al contacto del vientecillo helado de la mañana.

Silbó a su perro y se marchó a emprender sus diarias faenas.

Este Luis era un muchacho lleno de recursos: había dormido en el dintel de la puerta de una tienda; apenas si se anunciaba el invierno, ninguna falta le hacían abrigos ni domicilio. Además, no los tenía, ni apellido, o por lo menos estaba ignorante de su genealogía, pero en cambio entendía a las mil maravillas cuando alguien lo llamaba por su alias. ¿Quién no conocía a Sardín? Lo que sí no era fácil conocer, era el origen del apodo, ni mucho menos su nacionalidad gramatical. Debíalo, sin embargo, a una pequeña hazaña cometida en momentos aflictivos. En cierta ocasión, asociado de otros pilluelos de su edad,

discurría un ardid que les permitiera comer algo; el día había sido malo, los negocios escasísimos y el apetito voraz. No quedaba otro recurso que birlar a los vendedores ambulantes, sus comestibles. El plan fue sencillo; dos de ellos simularían una riña junto a una de esas mesitas atestadas de panes rellenos de sardinas, para distraer la vigilancia del propietario y dar así tiempo a Luisito de apoderarse de varios, pero con moderación y sin abusar, esto es, a razón de uno por cabeza. Llevo a cabo el plan con toda felicidad y Luisito dióse tales mañas, que con el fin de no despertar las sospechas del mercader con la ausencia de los panes, dejó a éstos en sus respectivos lugares, guardando sólo una provisión de sardinas, suficiente a calmar las necesidades estomacales que los atormentaban. Quedó desde entonces bautizado de Sardín, en recuerdo de la memorable jornada, y no hubo forma, a pesar de sus poderosos esfuerzos, de que lo designaran de otra manera. Andando los tiempos, llegó a familiarizarse con el sobrenombre, a un grado tal, que casi, casi, le hubiera sido imposible decir cómo se llamaba. Enterró su nombre al lado de un sinnúmero de recuerdos que procuraba tener domiciliados lo más lejos posible de su memoria, porque cuando cerca se le presentaban hacíanlo sufrir extraordinariamente. Estas exhumaciones involuntarias le traían, como obsequio, dosis exageradas de amargura. Acosábanlo, por lo general, en las noches en que el frío o el hambre mortificaban a su naturaleza. Calcular la edad de Sardín habría parecido empresa de romanos.

La miseria no permite esos cálculos tan faltos de educación en los seres que trata de predilectos.

¿Quién va a atinar con la edad de esa nube de chiquillos que andan en la calle asaltando a los transeúntes, ofreciéndoles fósforos, billetes de lotería, periódicos y hasta flores?

¿Qué filántropo ejerce a la intemperie, acariciando a esos niños sucios, indolentes, sin familia y sin moralidad? Todos caminan pálidos, a cuarto de vestir, haciéndose muecas incomprensibles, hablando caló, rechazados, con enfado por el que va de prisa, con asco o temor por la que va de compras, y ¡con brutalidad por el gendarme!

Y entre ellos, hay niñas también, cuyo sexo sería difícil distinguir a primera vista. Observando un poco, pueden designarse sin temor de equivocaciones; por una poética y significativa casualidad, son las que venden flores. Futuras educandas de la Inspección de Sanidad,¹ no tienen en su infancia otro contacto puro, otra distracción inocente, que confeccionar pequeños ramos de margaritas y violetas, con la artística coquetería que es intuitiva en la mujer.

A nadie se escapa el cruel contraste que ofrecen el hijo de una persona acomodada recostado en los cojines de un cochecito que empuja un aya de cofia y delantal, risueño, contento, juguetón, y uno de estos hijos del misterio, lívido, con los ojos brillantes, expulsado de un café. Cualquiera, al ver al primero, se siente con ímpetus de hacerle una caricia, y al encontrar al segundo, se asegura inconscientemente el bolsillo del pañuelo.

En uno, todo es blanco, hasta el cochecito; en el otro, todo es negro, hasta el pensamiento.

Cuando Sardín pensaba en su pasado —y tendría diez años— decía que estaba de luto, aislábase de sus amigos y se iba solo, a dormir donde encontraba. Algunos

¹ La Inspección de Sanidad de la ciudad de México dependía del Consejo Superior de Salubridad. Bajo su responsabilidad se encontraban la higiene urbana y el ejercicio “controlado” de la prostitución. Para permitirle vigilar y sancionar, la Inspección contaba con el “Reglamento”, aprobado el 17 de febrero de 1865. Con este instrumento, se pretendía llevar un registro de la vida prostibularia en burdeles, casas de citas y asignación. “Las mujeres podían ser de tal o cual clase siempre y cuando pagaran sus contribuciones a la Comisaría; es decir, si la mujer quería ser de primera clase estaba obligada a pagar mensualmente 10 pesos, y por derecho de inscripción 20 pesos; la de segunda clase 4 y 10 pesos; y las de tercera clase 1 y 4 pesos, respectivamente”. Guadalupe Ríos de la Torre, “Mujeres públicas y burdeles en la segunda mitad del siglo XIX”, *Historia 04*, <http://www.azc.uam.mx/publicaciones/tye/tye12/art_hist_04.html>, [consulta: 25 de agosto de 2009].

acontecimientos, los veía con una precisión abrumadora, los más eran informes, lejanos. Preocupábase especialmente, de quiénes podrían haber sido sus padres. Jamás lograba averiguarlo, y eso lo entristecía; hubiera sido tan respetuosamente cariñoso con ellos, los habría mimado tanto, que lo querrían muchísimo; ¿cómo no habían de quererlo viéndolo sufrir lo que sufría? Y perdíase en conjeturas e ilusiones, vagando en un mundo de deseos purísimos; anhelando ternura, deseando amparo, necesitando amor. Su propia desnudez le preocupaba poco, comparándola con la ausencia de alguien a quien querer. Poblaba su fantasía de figuras agradables, que respiraban bondad y que le dispensaban siempre afectuosa acogida. Soñaba otras veces en próximas e inacabables grandezas, todas para él, se las adjudicaría sin remordimiento y sin opositor, demasiado que se las merecía. Apenas si recordaba por qué vivía en la calle, desde cuándo, dónde había nacido.

Luchando por esclarecer las nebulosas de su pasado, se veía muy pequeñito en una casa que debió ser de campo, rodeado de luz y de flores, de sol y de vida; revolcándose en el césped, junto a una niña rubia y de ojos azules, pero tan dulces y tan expresivos, que con sólo cerrar los suyos, volvía a mirarlos. Recordaba también a la señora de la casa, la madre de la niña y la adoptiva suya, según le comunicó algún tiempo después una sirvienta de la familia, cuando él empezó a crecer y a no ser admitido en la mesa de los señores. Separáronlo de la niña y no le fue dable verla más que los domingos, al concurrir amos y criados a la misa matinal de la aldea. Eran los únicos momentos que permanecía quieto, más por contemplar a su rubia amiguita que por profundizar los misterios del santo sacrificio. Y no porque no respetara al señor cura, al contrario, alborotábale escuchar sus pláticas doctrinales, que aunque no entendía completamente, le producían un bienestar indecible brotando de los labios de aquel anciano siempre sonriente, siempre dispuesto a perdonarle sus pecadillos.

No se daba cuenta muy exacta de varios pasajes difíciles de la historia sagrada, tales como los trastornos astronómicos causados por Josué, la flotante vivienda de Jonás y las dotes oratorias de la caballería de Balaam; parecíanle raros, pero creía en ellos únicamente porque se los oía al señor cura, sentado en un rincón de su huerta y rodeado de los chicos del pueblo, hablando con una voz acompasada y armoniosa, accionando suavemente, con la cabeza descubierta en la que brillaban millares de canas, heridas por la desvanecida luz del crepúsculo en todo su esplendor, como no había vuelto a verlo en la ciudad, lleno del aromado perfume con que se despiden las flores, al cerrar sus corolas, en espera de los céfiros que han de turbar amorosamente sus sueños; oyéndose ese rumor de hojas, misteriosa conversación de los campos, y allá a lo lejos, las voces de los pastores juntando sus ganados. Gustábale quedarse a lo último para despedirse, después de que el señor cura repartía frutas a sus inquietos discípulos, para contemplarlo un rato más, para besarle las manos repetidas ocasiones, sintiéndose feliz si al partir lo acariciaba inclinándose hasta alcanzar su pequeña estatura y le decía:

—¡Sé bueno, Luisito, procura siempre ser bueno!

Ya hacía tiempo de todo esto, y no podía olvidar tales escenas; cuando necesitaba de algún consuelo, pensaba en las palabras del señor cura y se proponía no cometer nunca ni la más pequeña falta. A veces se revelaban en su interior odios aún vivos, los que le nacieron el día de su expulsión, tan sin motivo, tan injusta, tan cruel. ¡Qué distinta suerte habría tenido si se hubiera quedado viviendo con aquella familia! Cómo recordaba el día aquel. Era el señalado para regresar a la ciudad, y desde temprano, el movimiento fue extraordinario, cerrando maletas y arreglando trastos. Mozos extraños a la casa y la servidumbre de la misma, entraban y salían por todas las puertas, sin que nadie se cuidara de lo que ejecutaban. Casi al partir, la señora extrañó la ausencia de una alhaja, “mi

brillante”, según gritaba en varios tonos. Y se interrumpió la partida, comenzaron averiguaciones, careos, promesas, amenazas; hablábase de llamar un policía: todo en vano, el tal brillante no daba señales de existencia, ni ninguno de los asistentes se delataba por un signo cualquiera. La aparición del alcalde del pueblo, descubierto respetuosamente y atormentado por las exageradas dimensiones de su justiciera vara, no dejó de causar honda impresión; y antes de que procediera a un cateo riguroso, vigilado por la señora, una de las criadas manifestó deseos de poner la verdad en su lugar. Fue admitida en audiencia privada e inmediata, hablando mucho, accionando más y señalando especialmente adonde se encontraba él, Luisito, que en todo pensaba menos en el ruidoso asunto que había retardado la marcha. La señora movía la cabeza manifestando con ese ademán una duda profunda, pero los argumentos de la criada debieron de ser convincentes, puesto que despidieron a la justicia rural sin más cumplimiento que un “ya puede usted irse” y salieron por fin de la quinta. Él iba triste, siempre le apenaba abandonar el campo. Extrañó que le hablaran de usted, al designarle el lugar que debía ocupar en el camino. Creyó haber cometido un desacierto y adivinando que lo reñirían al llegar, no habló palabra durante el viaje, que como de costumbre se verificó en el coche de la casa. Mucho lo alarmó que una vez llegados, lo condujeran a las habitaciones del señor y escuchar en ellas palabras que lo aterrorizaron.

—Debía medio matarlo por ingrato y por pícaro —decíale el amo de la casa—; ¡a su edad haciendo cosas semejantes! Acabaría en un presidio, en la horca tal vez. ¿Por qué había robado aquel anillo?

Y él, sin comprender lo que aquello significaba, negó, negó cuanto le preguntaron. Nada sabía, nada había robado, ¿de qué anillo le hablaban? Sus padres adoptivos se exasperaban con sus negativas, mirándose entre sí y hablando al mismo tiempo.

Admiráronse de su calma, de su manera de responder, lo injuriaron, y en un momento de cólera, lo golpearon llenos de indignación. Al día siguiente lo pondrían en una casa de corrección, para que se enmendara él y calmar ellos su conciencia.

—Salga usted de aquí, perillán, y no nos vuelva a ver, fueron las frases con que terminó la entrevista.

Salió tambaleándose, con vértigo. Lo único que claramente oía, era la amenaza de enviarlo a una casa de corrección, figurándose en su interior, que debían de ser espantosas las tales casas, llenas de tormentos extraordinarios, que lo hacían temblar sin conocerlos. ¿Qué haría? ¿Por qué lo llamaban ladrón? Y no era broma, no. ¡Por broma no lo hubieran golpeado ni le hubieran dicho tanto, ni hubieran estado tan serios! Llorando en una pieza desierta se pasó mucho tiempo, perdida su fantasía en reflexiones y temores. Puesto que no lo escuchaban y que le habían prohibido volver a verlos, el asunto era irremediable y la resolución urgente. No tenía más que un refugio, irse con el señor cura, contárselo todo, absolutamente todo. De seguro que lo recibiría, y que no creería que él era un ladrón, al contrario, y estaría tan contento allá, escuchándolo y obedeciéndolo, sirviéndole de lo que quisiera; ya se daría sus mañas para salir avante con el cargo que se le confiara, aun cuando fuera muy superior a sus fuerzas. Y mientras más analizaba su decisión, mejor la encontraba. Tuvo que abandonar muy a pesar suyo el halagüeño plan, ante un inconveniente que surgía insuperable. Era de suponerse que el cura participara a sus señores lo que ocurría, y como éstos lo que querían —bien claro se lo habían manifestado— consistía en un encierro de corrección, fácilmente lo realizarían sin darle tiempo a escapar a castigo tan cruel como inmerecido. Lloró más todavía, al tener que rechazar el proyecto, y por más empeños no atinaba con una medida salvadora. Las horas pasaban; escuchaba distintamente el ruido del comedor, debía ser de noche, él estaba a oscuras y sin resolverse.

Lo esencial era colocarse fuera del alcance de esa familia, poner una respetable distancia entre los dos; ¿cómo atinar? Instintivamente comprendía que era necesario el dinero para vivir por su propia cuenta; hizo balance y resultó poseedor de una peseta que el último domingo había recibido; la miró con ternura, como a la próxima compañera de sus primeras amarguras y decidió por lo pronto, a salir de allí cuanto antes, sin ser sentido, y caminar lo que pudiera para que no lo encontraran al buscarlo. Al mirarse en la calle, se arrepintió de su locura e iba a entrar de nuevo, cuando lo asaltó el pensamiento de la corrección; se pegó al muro lo más posible y emprendió la marcha sin rumbo fijo, sintiéndose atraído adonde veía mayor claridad y creyendo llevar a las espaldas a sus perseguidores. No se atrevía a comprar algo que comer, a pesar del apetito, temiendo preguntas importunas; eligió una puerta que le pareció segura, se acurrucó en uno de los rincones, y apretando la mano en que guardaba toda su fortuna, se quedó dormido.

II

—¿Cómo te llamas?

—Luis.

—¿Luis, qué?

—Pues... Luis nada más.

—¿Dónde vive tu papá?

—No tengo papá.

—¿Ni mamá?...

—Tampoco...

—Pero en fin, dónde vivías antes, por qué has dormido en la calle, desde cuándo lo haces, vamos a ver; lo que es yo, no te conozco y eso es raro, rarísimo.

—¡Ay, señor! —exclamó Luisito echando a llorar—, ayer me separé de una... una... casa decente.

Su interlocutor lo miraba con buenos ojos, especialmente después de que se oyó llamar con un calificativo tan respetuoso. El tratamiento de “señor” lo envaneció y comenzó a querer a Luis, ofreciéndose, *in peto*, impartirle toda la protección que el neófito demandaba y que él, piloto experimentado de la vida callejera, podía impartirle.

Acercose a su protegido y le dijo:

—Ven conmigo.

Empezó a andar sin volver la cara ni preocuparse de Luis, con la perfecta seguridad de que era obedecido y con la conciencia de la gravedad de su misión. Para acentuarla y acabar de deslumbrarlo, pareció oportuno silbar un aire patriótico cualquiera y tomar un aspecto de indiferencia ante el espectáculo tan su amigo del despertar de la ciudad. Luisito lo seguía con algunas dificultades, porque iba muy de prisa, pero sin oponer la menor resistencia. Al cabo de un rato y fatigado por la rapidez de la marcha, se decidió, con algún temorcillo, a tomar informes. Volvió a pronunciar la palabra “señor”, pues no se atrevía a llamar de otro modo al arrapiezo que lo precedía y que obraba con tanto aplomo.

—¿Que adónde iban? Pues adonde debían de ir, a desayunar. ¿No tenía hambre? Ya vería qué bien los servían.

Tales argumentos sedujeron a Luisito. Estaba contento pensando en el desayuno, hasta entonces recordó que en efecto, tenía mucha hambre y una peseta. Debía ofrecérsela a ese señor para pagar lo que comieran, pero ¿y si se enojaba? Distraído en sus reflexiones,

chocó con su director, que se había detenido a la puerta de un cuarto en que figuraban una mesa grande, dos bancos, una mujer ya vieja avivando el fuego de una gran caja de lata que despedía por sus mal cerrados intersticios un humillo agradable y perfumado, entibiando una fortaleza de panecillos apilados en la parte superior.

—Dos cafés con pan —gritó el protector de Luisito entrando con éste de la mano y obligándolo a sentarse.

—No tengas miedo, hombre, come y después hablaremos —le decía acariciándolo con una mano, mientras despertaba con la otra a un ejército de moscas pegado a la mesa y aún adormecidas por la escasa luz que a esas horas poseía el establecimiento.

Desayunaron con conciencia, sin perdonar migas ni olvidar restos, desquitando el precio moderado del brebaje y sin dirigirse la palabra. Luisito no separaba la vista de las misteriosas profundidades de su taza, observando enternecido cómo bajaba de nivel a cada sorbo y complaciéndose en prolongar la duración del café, por medio de trozos de pan que dejaba flotar un instante, para sumergirlos con la cuchara y comérselos con los dedos. No pudo enterarse de cuándo su bienhechor pagó arrojando con desdén medio real sobre la mesa, ni tampoco de cuándo encendió un cigarro en el braserillo de la anciana. Para convencerse de que por su parte en efecto había concluido, volvió la taza sobre el plato, que permaneció enjuto a pesar del contacto, suspiró lleno de bienestar y miró a su amigo que filosóficamente observaba las espirales de humo de su cigarrillo.

—Yo me llamo Juan y tengo catorce años, un comercio establecido y muchas relaciones. Tú no conoces a nadie ni tienes parientes, vivirás conmigo y trabajarás tu comida. ¿Te conviene?

Y observando la muda aquiescencia de Luisito, empezó a narrarle las dificultades de su vida y de su profesión. Vendía fósforos y periódicos. Los domingos repartía programas de toros, revendiendo en las noches, las contraseñas de teatro que le obsequiaban.

—Somos muchos —decía, y nos ayudamos mutuamente. Cuando los vayas conociendo les tendrás cariño y contribuirás a proteger a las muchachas que nos acompañan. En tiempo de calor, dormimos en los jardines, procurando escapar a los gendarmes, y en el de frío, donde se puede.

Y continuó pintándole a lo vivo, los lados triste y alegre de su existencia; las persecuciones de que eran objeto; la desconfianza que inspiraban; y entre otras muchas cosas, el porvenir que tenían: el hospital o la correccional.

Luisito se estremeció; aparecíale de nuevo la causa de su aislamiento, esa correccional que tanto le alarmaba. Preguntó cómo era y qué se hacía en ella. Juan daba espeluznantes detalles con la frialdad de la experiencia, abultando algunas veces los castigos por lo latente de sus recuerdos. Cuando lo habían llevado a él, sí, a él —repetía con importancia, al contemplar el espanto retratado en el rostro de Luisito—, había sufrido mucho, muchísimo; y eso que sólo estuvo quince días; si hubiera estado más, se muere. A Luisito lo estaban martirizando sus propios pensamientos; con trabajo pudo preguntar cuál era el medio más seguro de evitar esa monstruosidad.

—Mucho ojo con los gendarmes, son los únicos culpables —respondió Juan.

Eran crueles y mal intencionados, complaciéndose en pescar los más que podían y llevárselos, generalmente de las orejas, para que los creyeran cumplidos en su obligación. Y no era cierto; ya iría viendo cuántas cosas malas hacían. Luisito lo escuchaba en el colmo de la admiración y prometiéndose una obediencia incondicional para cuanto se le indicara. El terror que antes sentía por la correccional se empequeñecía ante uno nacido, pero

gigantesco y poderoso: ¡los gendarmes! Comprendía en ellos a sus futuros y encarnizados enemigos y los odió, prometiéndose desplegar tesoros de astucia para burlar su maldad.

El día se le pasó entre sorpresas e impresiones nuevas. Algunas lo herían, le hacían daño por su exagerado realismo, muchas le producían placer o admiración, y todas, absolutamente todas, le dejaron un caudal de amarga enseñanza, despertando su natural malicia. Explicábase cosas que jamás había podido comprender, con una explicación tan sencilla, tan clara, que se reía de la cosa y de sí mismo.

La precocidad llamó a su inteligencia con toda la desesperación de la miseria y él la dejó entrar, haciéndole buena cara para tenerla contenta y de aliada en la próxima lucha que presentía.

Sin darse cuenta exacta de lo que la suerte le reservaba, sí estaba convencido de que era serio, tan serio, que a veces lo estremecía el presentimiento. Poco tardó en hacer amistades con los íntimos de Juan, entre los que figuraba una chiquilla regularmente considerada por los demás. Fue a ésta, a Matilde, como todos la llamaban, a quien se encomendó el cuidado inmediato del neófito.

—Enséñale bastante —le dijo Juan al separarse.

Y se repitieron los interrogatorios, regresaron las respuestas perdidas, acompañando a los consejos escuchados por la mañana, nada más que entonces eran en otra forma, con otra voz y con otras palabras; no tan convincentes ni tan enérgicas como las de Juan, pero sí más suaves, más delicadas.

Tal era la delicadeza, que Luisito, mirando a su interlocutora, casi con la misma atención con que en un tiempo miraba al señor cura, se quedó dormido en su regazo con el espíritu cansado ante tanto nuevo, tanta luz, tanta vida; cansado de su futuro domicilio, la vía pública, testigo y víctima paciente de ruido, pisadas, llanto, riqueza, sol y sombra.

Matilde descuidó la venta de sus efectos por no despertar a Luisito, que confiadamente dormía, suspirando de vez en cuando.

Lo acariciaba distraída, pasándole la mano por la mejilla inclinada sobre él, y con el pensamiento vagando por esos mundos exclusivos de la mujer, llenos de espejismos que parecen realidades y de realidades que por su crueldad, parecen espejismos.

Arrastrábanse perezosamente los días en que Luisito practicaba su aprendizaje, para el que demostraba admirables disposiciones; no era tonto.

Neutralizábanlas, sin embargo, los derrotados restos de la moral que tan profundamente había arraigado en su cuerpecito la evangélica semilla, sembrada con mano firme por el cura rural, allá en su primera niñez, y dejada a medio fructificar por escrúpulos de su familia adoptiva. De todos sus compañeros diarios y nocturnos, no había uno que no dejara de tener interés verdadero por “el nuevo”. Parecían complacerse en enseñarle todo lo que sabían, que era mucho, pero malo. Llegaba el empeño de algunos catedráticos, a colocarse en equivalente altura, de las escuelas más progresistas: lo aleccionaban por el sistema objetivo. Adiestrábanle los cinco sentidos y con preferencia, tres: la vista, el oído y el tacto. Sin consideraciones, despedazaban su castidad agonizante. Contaban con sacar un aventajado discípulo en muy poco tiempo. Comprendía con medias palabras y ejecutaba con o sin ellas, según lo exigían las circunstancias.

Recibía cada choque en su candor, capaz de derribar una catedral. En un mes, hubiera sido imposible reconocerlo; ni vestigios quedaban de las virtudes que forman la aurora de la niñez. Poseía en alto grado las costumbres, los modales, las palabras de sus camaradas. Perdió sus colores, adquiriendo en cambio, la palidez propia del género de vida que llevaba. Punto por punto, realizábanse los acontecimientos tal como se los había descrito Juan. Mucho le entristecía observar la paulatina destrucción de su traje flamante al

independerse, y ya marchito y desgarrado. ¿Con qué lo reemplazaría? Ideando combinaciones, consultó a Matilde el caso; se comprometió ésta a hacerle una compostura mientras le encontraba sucesor al inválido, y en efecto, le hizo una duradera por un mes, pegándole pedazos de tela de clase y colores variados. ¡Cómo se rieron durante la operación, que duró dos días, en razón de lo destruido del efecto! Trabajaba ella sobre el cuerpo de Luisito, y por su poca práctica, dábale en ocasiones piquetes formidables que concluían en una mueca y en una carcajada. Cuando se pusieron serios, fue cuando involuntariamente le dio una puntada en toda forma, en la carne viva, cerca del codo; los alarmó la sangre que tiñó el hilo y que no podían contener por más que hacían; en cuanto retiraban el dedo asomaba una nueva gota que iba ensanchándose y ensanchándose hasta que Luisito la obligaba a desaparecer, borrándola con su propia lengua. Empezaba a cansarse, y Matilde le propuso sustituirlo; bebiendo ella de la sangre de él, serían hermanos:

—¿Quieres? —le dijo.

Y Luisito respondió que no, sin dar ninguna razón, horrorizado de esa fraternidad, a pesar de que le hubiera servido de algo el doble lazo.

Encontraba un placer indefinible contemplando a Matilde, cuyo creciente desarrollo iba embelleciendo sus facciones y contornos, no siempre cubiertos hasta donde el pudor reclama. No se explicaba este sentimiento, pero la verdad era que cuando algún transeúnte le compraba un ramito de flores o un billete de lotería, dirigiéndole una chanzoneta de dudoso color, sentía rabia, tristeza y ganas de reconvenir. Fue por entonces cuando verificó su hazaña de las sardinas. Se le bautizó con el alias que estaba llamado a conservar por toda su vida; hízosele el objeto de una verdadera ovación y en capítulo general con competente quórum, recibió la borla de doctor. Enorgullecía a sus múltiples maestros, cuyas halagüeñas esperanzas estaban superadas por el éxito de la arriesgada operación; todos se disputaban el

honor de la preferencia. Sólo él no estaba contento. Un resto de honradez protestaba contra ese hecho, punible por todos conceptos. Pronto, sin embargo, pasó ese disgusto ahogado por la mefítica influencia que formaba su oxígeno respirable, y no volvió a recordar lo acontecido.

Cuando se vive entre sombras perpetuas, llega a contagiarse la conciencia, y cuando en ésta reina la noche, ¡lo más probable es ver la próxima aurora desde el tablado de un patíbulo!

Una noche llevó un sofocón, ante un inesperado encuentro. Hallábase en las afueras del teatro abriendo las portezuelas de los carruajes y pidiendo billetes sobrantes, y de manos a boca, se topó con su antiguo padre adoptivo, dando el brazo a la señora y por delante de ellos la niña rubia, su compañera de juegos, bastante crecida, mirando a la multitud con esa fingida indiferencia con que miran las mujeres desde pequeñas.

Sardín no se atrevió ni a respirar, temía que lo recordaran, no por lo que pudieran hacerle —ya no era fácil amedrentarlo— sino porque lo avergonzaba su posición actual. Contrariado por el incidente, ni de Matilde hizo caso, retirándose solo, según su costumbre en casos semejantes, adonde no lo interrumpieran en sus meditaciones, adonde pudiera dar libre curso al llanto que sentía asomarle a los ojos.

Diariamente se veían los dispersos y los unidos, muy de mañana, en los expendios de periódicos, para repartirse luego a los paraderos de los caminos de hierro,² punto primero para ellos, de transacciones mercantiles.

Las muchachas dormían hasta más entrado el día.

² La ciudad de México estaba cruzada por toda clase de rieles. De la metrópoli porfirista partían trenes para las principales capitales y regiones productivas del país, así como para las poblaciones circunvecinas: San Ángel, Coyoacán y Tlalpan, entre las más habitadas. Además existían paraderos en la garita de San Lázaro, Peralvillo, Tlaxpana, Colonia, Belem, Ciudadela, San Antonio Abad y la Viga. Véase Antonio García Cubas, *Geografía del Distrito Federal*, México, Antigua Imprenta de E. Munguía, 2ª ed., 1894 [1ª ed. facsimilar, México, 1993, Instituto José María Luis Mora], p. 76.

La noche esa se extrañó a Sardín en el dormitorio general, establecido hacía varias semanas y por lo benigno de la estación, en el parquecillo inglés de la catedral.

Allí, cubiertos por el follaje de los arbustos raros, aprovechando las sombras producidas por los pedestales de las estatuas y de las bancas de hierro, hacinados, comunicándose mutuamente el calor necesario para el sueño, en atroz contubernio los sexos y las edades, cobijados por la tibia brisa de una noche de mayo y arrullados por el llanto de la moral y del pudor, huyendo despavoridos, duerme diariamente una nube de chiquillos, simulando a lo lejos una de las verrugas de las grandes ciudades.

En ocasiones, son despertados con brusquedad por el velador en el ejercicio de su vigilancia, y el trabajo se reduce a separarse, yéndose de dos en dos a lo sumo, a buscar un sitio ignorado y que pueda escapar a la temblorosa luz de las linternas municipales, delatores inconscientes de esas infracciones necesarias. Otras, y son las más, el velador mismo se compadece, pasa con tristeza junto al grupo, pensando en sus hijitos, y hasta se ha dado el caso de que acomodiéndose, se incline a componer con ternura algunas posturas incómodas de los durmientes.

Varios, turbados en su reposo, se conservan inmóviles observando mudos esa abnegada filantropía y la comunican al despertar al resto de sus socios.

Y el velador se marcha, balanceando su farol, alcanza su quartucho de madera, se instala en la puerta y luchando por combatir el sueño que lo vence al fin, los últimos sonidos que conserva confundidos y agradables, lo forman la respiración de los granujas abandonados y el agua que dulcemente arrojan los surtidores de las fuentes.

El despertar es siempre alegre y matutino. La aurora, esa madre cariñosa de los desamparados y de los tristes, tiene para ellos sus mejores sonrisas y sus mejores caricias.

El aseo no los preocupa mucho, uno que otro emplea el agua.

Como no tienen que vestirse por falta de costumbre y de ropa, se ponen listos en un momento, suprimen la forma embarazosa de los “buenos días”, hablándose lo mismo que si continuaran una conversación recién interrumpida, queriéndose entrañablemente en el fondo y disputando por el menor incidente; así se dividen sin darse nueva cita, con la seguridad de encontrarse a cada paso, de verse todo el día.

Cuántas noches como ésa pasó Sardín al lado de Matilde, timorato primero, buscándola como un refugio, durmiendo en su brazo, escuchándola con recogimiento, pendiente de sus labios, necesitando de su apoyo y de su abrigo, obediente y tembloroso ante los ruidos inexplicables que encierra la noche, despertándola a cada instante para calmar sus temores. Y conforme fue creciendo, de su propia iniciativa, desterró todas esas intimidades, abolió todos esos rasgos que formaban el encanto de su vida. Aunque procuraba seguir durmiendo cerca de ella, no lo hacía como antes; había una dosis de respeto mezclada a mucho de afecto, pero de un afecto raro y desconocido, un afecto celoso, huraño, desconfiado. Ella no variaba de conducta; hasta le llegó a manifestar cierto resentimiento por cambio tan inopinado.

—¿Acaso no la quería ya? ¿Lo había ofendido? ¿Le había hecho algo?

Y él respondía que no, que nada le había hecho, evasivas, una colección de negativas tontas. Se animaba al afirmarle que sí la quería, muchísimo, más que antes, más que siempre —decía mirándola con fijeza, la rara ocasión en que hablaban seriamente, como personas formales, a distancia de sus compañeros, huyendo sus bromas y su trato; purificando con el aislamiento el incorpóreo poema de unos amores nacidos de mutua inclinación, en un lecho de lodo y de miseria y con una techumbre de estrellas y de pureza.

Sardín, que podía dar cátedras de disolución a un aventajado abate de la Regencia, sufría horriblemente al considerar que Matilde, almacén de todas sus afecciones, sabía tanto

como él y estaba expuesta a acabar de perderse antes que él. Sin manifestárselo, la cuidaba incesantemente, teniéndola al alcance de la vista para conocer sus actos y al alcance de su brazo para impedirle la caída. Temía la primera oportunidad, la inmediata, la que no pudiera remediar, suponiéndola próxima o lejana, según estaba de humor. Odiaba profundamente, a muerte, a “ésas”, como designaba con desprecio a todas las momentáneas. No podía sufrir que en sus paseos diarios y en carruaje por la avenida, compraran flores a Matilde, entreteniéndose con sus agudezas de pilluela y alabando su figura. Asaltábanle pensamientos de fácil realización a su juicio. Y no podía evitarlo; ¿con qué derecho? Ni siquiera con el de amante correspondido o aceptado, pues no lo era. Se querían los dos y en paz; no necesitaban decírselo, pero tampoco exigirse nada. La misma Matilde, con cariño y todo, se reiría de la pretensión.

En ciertas escalas sociales aparecen grotescos los juramentos y promesas que constituyen el cielo azul de los enamorados.

Celébrase un convenio tácito, se hace la vida en común y termina el contrato cuando el fastidio o la infidelidad lo hacen insoportable.

Con qué envidia veía Sardín a los obreros hacer sus excursiones dominicales, con su camisa limpia, el fieltro negro, un paraguas monstruo, y llevando al lado a su mujer, a su esposa, cargando a un niño que golpea con insistencia la mejilla de la madre risueña y feliz. Vendíales de preferencia sus cerillos, tardándose de intento en dar el cambio de la moneda, sólo por prolongar su permanencia con ellos, tratando de impregnarse de honradez y de respetabilidad. Era ya imposible su ingreso a un taller; no se pasan impunemente algunos años de esa existencia callejera, dejan raíces de malos hábitos que no pueden desecharse; además, careciendo de recomendaciones, ¿quién lo admitiría?, ¿y quién también lo recomendaría? Deseaba tan poco para él y para Matilde, un jornal modesto les bastaría a

sus necesidades, pues no había de bastarles, hasta les sobraría. Con el conocimiento que poseían de precios y efectos no podrían engañarlos... y regresaba del país de las quimeras, recibiendo un empujón dado por cualquiera que pasa y lo da, más bien por costumbre que por maldad.

Alzaba los hombros, rezaba una blasfemia y volvía a adquirir su estoica indiferencia, que es la coraza de los que sufren.

III

No daban crédito al notición.

Les parecía un fenómeno irrealizable, una broma de mal género, un engaño, cuanto hay, menos una realidad y realidad tan próxima. Tuvieron momentos de inefable gozo, de comunicativa ternura y de proyectos al aire. La noticia se la comunicaban a gritos, en pequeños grupos, por parejas; la aplaudían silbándola y la bautizaban con nombres diversos.

Apenas si había motivo para regocijarse. Por la primera vez de su existencia, recibían una caricia de la municipalidad, caricia verdadera y proveniente de distinta mano de las que regularmente les ofrecen los agentes del orden público. No sólo los recordaba ahora sino que los trataba paternalmente. Muchos sostenían que amén del uniforme, iban a ser obsequiados con zapatos, sombrero y una gran comida el día de la solemne y filantrópica repartición. Otros, diciéndose mejor informados, anunciaban que, con excepción del traje, que iría marcado con una placa en metal, el aumento consistiría en un

discurso adecuado a las circunstancias. Y por último, los escépticos admitían la feliz nueva con taxativas, atribuyendo el inesperado obsequio a algún rico que deseaba ocultar su nombre y que vestiría a tres o cuatro, a lo más, con telas ordinarias y baratas. Hasta se enmendaron de conducta en espera del advenimiento, temiendo, sin embargo, que fuera a quedarse de halagüeño rumor. Miraban a los regidores como ángeles buenos y hubieran anhelado organizarles una manifestación de gratitud, conformándose con darse de codo y exclamar por lo bajo: “Mira, ése es don fulano”, cuando en la calle los veían. Pero las esperanzas mejores se realizaron, soñaban despiertos cuando les dijeron que en efecto, iban a vestir a gran número de ellos, a casi todos, por cuenta del municipio, diferenciándose en esta gracia, de los cocheros y demás gentecilla que para acatar el bando, tendrían que gastarse un pico. Y comenzó el reparto de los trajes, de manta estampada, a grandes rayas, de colores vivísimos, holgados o estrechos, nunca a la medida, ceñidas las blusas con cinturones del mismo género, defectuosos, burdos como todo lo que produce la caridad oficial que a la legua se delata, pareciendo arrepentirse de lo que ejecuta e imprimiendo a sus bondades un sello indeleble, estigma eterno de los inmediatamente favorecidos por el Estado.

Cada blusa —según habían anunciado los informados— llevaba cosida a muerte una placa metálica con el número de orden que correspondía al portador, quien desde ese momento se sujetaba voluntariamente a no contravenir ni en pensamiento el más insignificante deseo de la policía, y en casos fortuitos y hasta donde lo permitieran sus facultades y condiciones, a ayudarla eficaz y decididamente. Con qué religiosa veneración recibieron los agraciados su vistoso presente, doblándolo con minucioso cuidado, alisando con la mano sus arrugas, y ya envuelto en periódicos olvidados, echaron a correr por todas

direcciones con el precioso bulto bajo el brazo, gritando a voz en cuello la “extraordinaria” del día, mandada imprimir por ellos mismos.

Una enorme laudatoria al autor de la idea de vestirlos sin cobrarles.

¡Era su mejor manera de dar las gracias!

Temerosos de no poder cumplir todos los compromisos jurados, acallaban sus conciencias poniéndose a mano con los ediles.

Eran de oírse los pocos que quedaron olvidados; censuraban acremente color, corte y dimensiones, a todo le encontraban defectos y aun falta de dignidad a los que habían aceptado, coartándose así la independencia y exponiéndose a más de un desagrado. Para los héroes de la jornada aquello era música celestial, reíanse de tales escrúpulos, prometiéndose algún tiempo de lujo relativo y una superioridad manifiesta sobre el resto de sus colegas. Prolongaban sus ilusiones dejando para la mañana siguiente el instante supremo de estrenar, demorándolo de adrede para gozar de la voluptuosidad que les producía la simple idea de salir de crisálidas y entrar en mariposas.

Sardín fue de los no favorecidos, y únicamente lo sintió por lo que Matilde pudiera pensar del contratiempo, atribuyéndolo tal vez a falta de voluntad o a exceso de abandono personal. Figurábase poseedor de un traje de aquéllos y sin ninguna modestia, adquiriría la convicción de que le habría quedado a las mil maravillas. Suponiéndole un defectillo ligero, ahí estaba Matilde para borrarlo o disminuirlo, y no que en cambio, mirábase con un chaleco monstruo, descalzo, pantalón de edad avanzada, camisa calada por su suerte, y sombrero emparentado con la rosa náutica.

Por orgullo ni siquiera se unió al grupo de la oposición.

Se conformó, delante de Matilde, con plegar el labio con desdén, sin emitir opiniones ni herir susceptibilidades, pero humillado en el fondo, viendo tanto nuevo junto a

sus harapos. Sintió que le ardía la cara cuando la muchacha lo miró a él y miró a sus antiguos compañeros.

El amor vuelve meticuloso al más despreocupado; el loco afán de agradar en todas ocasiones, hace renacer una refinada coquetería.

Lanzáronse los “estrenados” —así se bautizaron— a lucir las personitas, en cuanto amaneció, sabiendo que nadie los vería, pero mirándose a sí mismos, lo que era sobrado. El primer par de zapatos que crujió naturalmente, después de un rato de camino, causó gran envidia; el que los llevaba era el que más llamaba la atención.

Se acercaba el invierno. Ya, en las últimas noches del otoño, apenas si podían dormir en los jardines, áridos y tristes por la caída de las hojas.

Obligábalos el viento helado a juntarse, hasta formar una masa informe y comunicarse mayor calor, no mucho, el indispensable para descansar algo y no levantarse entumecidos. Unas horas de reposo y nada más. Las primeras escarchas, al herir de muerte a las plantas, haciéndolas inclinarse tristemente y caer en fracciones delicadas; al desnudar a los árboles dejando sus ramas en contorsiones imposibles, los hacían sufrir y buscar guaridas menos descubiertas en que refugiarse. Sardín, desde el desaire que le habían corrido, su preocupación constante era cambiar de ropa; notaba en Matilde un despego con el que nunca podría conformarse. Sus relaciones amorosas llevaban tiempo de no ser un secreto para nadie. Reíanse los demás de sus celos y de sus desconfianzas, pero se acostumbraron pronto a verlos juntos día y noche. No contaban con uno solo; para cualquiera ocasión que requería su voto, los consideraban una pareja constituida y aceptada.

Se ven tantas por el estilo más o menos duraderas, especialmente entre ellos, que una nueva no podía llamarles la atención.

Mirábanlos, después del teatro, tarde ya, marcharse sin previa consulta y como quien ejercita una costumbre impuesta, juntitos, lado a lado, por las calles desiertas, hablando ella en voz alta, riñéndolo, y él con la cabeza agachada, sin contestar y sin abandonarla. ¿Quién iba a impedir esas escenas matrimoniales, tan comunes y tan sin remedio en todas las clases? Dejábanlos hacer sin mezclarse en su vida privada y sin ofrecerse a acompañarlos.

El frío que seguía haciéndose sentir de una manera ruda, acabó de alejarlos del resto de la banda.

Sardín había hecho un descubrimiento que no quería comunicar, por los riesgos que sobrevendrían. A Matilde misma no se lo dijo, sino hasta la noche en que lo llevaron a cabo, llenos de inquietudes y de precauciones, sin ruido ni palabras, para no ser vistos ni sentidos. La verdad era que tenían un palacio y no como quiera, sino con guardia a la reja, paredes de metal, vidrios de colores, columnas, capiteles, comodidad y elegancia. Estaban alojados, a partir de entonces y sin saber hasta cuándo, en el Pabellón Morisco de la Alameda,³ desierto siempre y sin inquilinos.

Vengábase así del olvido del ayuntamiento, al que le ocupaba gratuitamente una de sus propiedades de lujo.

Lo difícil consistía en entrar. Esperaban con paciencia, medio ocultos por las sombras del parque, a que el vigilante de la rotonda que forma la parte posterior del edificio, se lanzara a su inspección; y aprovechándose de su ausencia, se colaban a la vivienda, llenos de sobresaltos y de angustias. El otro vigilante, el de la reja exterior, jamás

³ El Kiosco Morisco fue proyectado y construido por el ingeniero José Ramón Ibarrola. Se utilizó como pabellón de México en la Exposición Universal de 1884-1885 y de la Feria de San Luis Missouri en 1902. De regreso a México, la estructura se instaló en el costado sur de la Alameda Central, en el lugar que hoy ocupa el Hemiciclo a Juárez, construido para las Fiestas del Centenario de 1910.

llegó a pensar que cuidaba el sueño a dos arrapiezos. Bien abrigado dentro de su capote, acomodábase lo mejor que podía, para su tiempo de reglamento, martirizado por la intemperie. Esa primera noche, ninguno de los dos pudo dormir, impresionados hondamente por su audacia que tan bien les había salido. Recorrían el salón andando de puntillas, de la mano para no caerse, y tratando de fijarse en uno de los rincones que más garantía les ofreciera, para quedarse en él y no estar experimentando todos, única maniobra que llevaban ejecutada. En ocasiones se miraban en esa semioscuridad, y sentía Matilde cómo Sardín le oprimía nerviosamente la mano. Al fin, eligieron uno, el que les pareció mejor, en el fondo de una de las galerías laterales, resguardados, hasta donde era posible resguardarse, del viento que entrando por la reja, se paseaba dentro del pabellón, como quien busca algo y al no encontrarlo, sale triste, de prisa, tropezándose y llorando sus desconsuelos. Sardín temía ese momento. Matilde lo esperaba calmada y preparándose a aumentar los alicientes de la lucha, con encantos que sabría encontrar sin esfuerzo y desarrollar con maña. Le daba pena notar el efecto que causaba a ese chiquillo, despabilado tan pronto y tan cariñoso para con ella. No lo quería, es decir, no lo amaba, ésa era la palabra, que en cuanto a quererlo, lo quería y mucho, pues no había de quererlo, ¿qué podía reprocharle? y en cambio ¡cuánto tenía que agradecerle! Acostumbrada a tratarse con la canalla, de la que formaba parte, comenzó por no comprender ni valorizar las múltiples y delicadas atenciones de que la hizo objeto Sardín, conforme iba creciendo, extrañando no oírle, cuando hablaba con ella, las palabras malísimas, en que era consumado profesor, ni verlo hacer gala del insolente cinismo, que es el único caudal de esos niños-sarcasmo.

Tres años tenían de estar en contacto; en el último fue cuando Matilde se convenció de que la adoraban, pagando con lo que primero pagan todas las mujeres en tales casos: con abusar.

Hacíanle gracia las exigencias, los celos, los regaños de Sardín; hasta los provocaba fingiéndose la inocente y frecuentando bajo el pretexto de vender, los cafés, las personas y los sitios que le disgustaban. Así es que cuando Sardín le anunció que eran dueños de casa, que a nadie lo dijese, que era para los dos solos; cuando le describió el futuro de un invierno resistido bajo techado, y las dificultades vencidas para encontrarlo, creyó comprender lo que aquello quería decir, y lejos de enfadarse, lo encontró el asunto más natural del mundo.

Le exigían una recompensa a un afecto aceptado y encontrábase dispuesta a otorgarla, y a Sardín de preferencia. Siquiera éste la quería, y otro cualquiera, apenas si se conformaría pagándola con mezquindad. Conocía a fondo todas las miserias de la vida, lo mismo que su “novio”, quizá mejor que él. Ambos estaban connaturalizados con el lodo, material y moralmente.

Su ambición consistía en llegar, con el tiempo, al envidiable lugar que a su juicio ocupaban esas señoras de coche que le compraban flores, que le ofrecían protección, dinero, y que tanto odiaba Sardín. Esas sí que no sabrían lo que es pasar un día sin comer, sin casa, sin afecciones, pidiendo una limosna y cosechando una mala razón, pidiendo trabajo y obteniendo una amenaza. Siempre las veía bien vestidas, con grandes sombreros, guantes, piedras de colores en las orejas y hasta en los collares de sus perritos; sonriendo, saludando, con todo el aspecto del que es feliz. Y cuantas ocasiones se había decidido a seguir a alguna de ellas, la contenía el pensar la tristeza que causaría a Sardín, quien se contentaría mirándola con sus ojos garzos, medio dormidos bajo las rizadas pestañas, y allá en el fondo de la pupila, húmeda y dilatada, una expresión de ternura infinita.

Ejercía sobre ella un imperio relativo, porque nunca se atrevía a manifestarle su descontento y cuando lo hacía, empleaba las palabras más suaves, las más convincentes

súplicas, un lenguaje diverso del acostumbrado, que no la hería, que la obligaba a pensar en su castidad, que ni de nombre conocía, pero que deseaba poseer como todas las mujeres, que la descuidan de intento y perdida la lloran, precisamente porque no ha de volver; un lenguaje compuesto de palabras que le producían inmenso bienestar, distinto del que los demás le prodigaban sin miramientos, sin reparar en nada, tratándola de camarada, obsequiándole los atributos del sexo contrario, con el que la asimilaban en conversaciones y proyectos.

Sardín no las tenía todas consigo, se daba miedo a sí mismo considerándose a solas con Matilde, que era su vida; que había sido sucesivamente su madre, su hermana, su consuelo, su apoyo, hasta su institutriz, y que no quería que fuera su querida sino su esposa, en virtud de esa ley fatal que hace al moribundo querer vivir y al necesitado anhelar lo que nunca ha de ser suyo.

Los sucesos y la inclemencia del tiempo los juntaban, obligándolos a pasar algunas horas sin otros testigos que sus deseos y su voluntad, obligándolos a prostituirse más todavía, destruyendo sus planes de honestidad y de posesión legítima, poniendo a prueba los instintos de dos seres abandonados que atraviesan el mundo sin fe, sin esperanza y sin principios.

Acostáronse al fin, ella provocadora y sonriente, él casto y recatado como su amor.

Seguían sin hablarse; el ruido de sus voces, aumentado por las bóvedas de su morada, hubiera llamado la atención de los vigilantes del inmueble. Sardín se esforzaba por conciliar el sueño, que huía de sus párpados para dejar sitio al recuerdo de las depravaciones que de memoria conocía y que lo instigaban invisible y enérgicamente a cometer un acto que le inspiraba horror. Decidió no volver la cara para contar con una tentación menos y resistir con todas sus fuerzas a las demás.

Escuchábanse de vez en cuando, sobre el asfalto de la calzada, las pisadas de algún trasnochador que se retiraba de prisa acosado por el frío, a juzgar por lo precipitado de ellas y lo sonoras que las volvía el silencio de la noche.

Matilde, que se esperaba novedades sin cuento, tentativas apasionadas, diálogos mudos, se alarmó al notar la inacción inexplicable de su amante, se ofendió, y lastimada en su vanidad, se propuso demostrar al olvidadizo Sardín que sus atractivos merecían otra especie de alabanzas. Pretextando frío, se le acercó, y en voz muy baja, apenas perceptible, pegando sus labios a la oreja de Sardín, le repetía: “ven”, mientras le estrechaba el cuello con un brazo. Sardín se estremeció delirante de fiebre y de pasión; no contaba con el contacto. La rechazó suavemente y persistió en su quietud. Y se cambiaron los papeles, entablándose una lucha, no como ella se la había imaginado, sino teniendo que tomar la iniciativa, acosándolo a caricias de todos géneros, asfixiándolo de voluptuosidad. Revelábase la canalla en cada movimiento, la mujer ofendida en cada tentativa. Obraba impulsada por designios bastardos, sin valorizar el sacrificio que imponía, restregándose contra Sardín, martirizándolo.

La cosa se prolongaba y conocía él que a cada instante disminuía su fuerza de voluntad; que no podía huir porque hubiera sido delatarse con los vigilantes, y no se oponía, sin embargo, a los cariños rabiosos de Matilde; sentía un placer indefinible con la actitud pasiva que guardaba. Se levantó a poco, porque no habría resistido más, y comenzó a pasearse con la misma cautela que antes.

Matilde, sin comprender media palabra, se puso a llorar, ahogando los sollozos para que no hicieran ruido.

Sardín la oyó y se lanzó a consolarla, hincándose a su lado, tomándole una mano y enjugándole los ojos, inclinado sobre ella, trémulo y enamorado.

Casi a señas, le preguntaba ¿qué tenía, por qué lloraba?

—Porque no me quieres.

—Es cierto, no te quiero, te adoro.

Y tomándole la cabeza entre sus manos, en un arrebató de locura, de frenesí, le dio un besos en la frente, puro y regenerador, ofreciéndole su alma. En ese momento un testigo presenciaba sus esponsales: la aurora sonriendo al través de los vidrios de colores.

Habían pasado una castísima noche de bodas.

Estaban desposados sus espíritus.

IV

En las noches que siguieron, Sardín no estimó prudente repetir esa escena. Conformábase con haber salido bien de tan difícil prueba y se limitaba con acompañar a Matilde hasta la puerta, ayudarla a entrar y retirarse. Quedábase por las cercanías, donde primero encontraba, temblando de frío, pero cerca de ella, para poder oír un grito o distinguir una señal. Muchas veces, para calentarse, se levantaba y caminando un rato, no hacía otra cosa que dar vueltas alrededor del pabellón. Apenas si dormía; desquitábase haciéndolo de día con más libertad y más calor en las puertas de los cafés, en un zaguán o en la fonducha en que comían cuando los negocios prosperaban. Matilde, en la apariencia, se convenció por fin, después de repetidos juramentos y explicaciones, de que Sardín, lejos de haberla ofendido le había dado una gran prueba de amor, respetando su pureza tan estropeada por las circunstancias que la rodeaban, que era un sacrificio difícil de llevarse a cabo, y otros

argumentos poderosos que le venían a él a borbotones, con esa convincente elocuencia que da el cariño.

Matilde se lo agradeció hasta cierto punto. Tan nuevo e incomprensible se le figuraba un respeto rayano en la tontera.

Si había de acontecerle el fracaso, y Sardín debía preverlo tanto como ella, ¿por qué se privaba voluntariamente de la primacía?

—¿Porque me quiere? Pues, por eso precisamente lo habría hecho cualquiera.

¿Qué esperaba?

¡Casarse! —habíale dicho él, y sólo la idea de enormidad tan irrealizable la hacía reír, figurándose del brazo de Sardín, ambos mal cubiertos con sus harapos, con dos camaradas de padrinos no mejor vestidos, y el resto de comitiva, subiendo la escalinata de la catedral, atravesando el atrio y cruzando la nave principal del templo, hasta llegar cerca del altar mayor, resplandeciente de elegancia y de riqueza; envueltos en diáfanas nubes de perfumado incienso y escuchándose en el coro, la majestuosa voz del órgano que lanza al espacio mundos inagotables de místicas armonías, lejanas, suaves en su principio, y agrandándose a cada instante, aumentando de ternura y de devoción, pasando por sobre la cabeza de los fieles que la inclinan agobiada bajo tanta grandiosidad y elevan el tono de sus preces para oírse a sí mismos y convencerse de que existen; hasta el momento en que el humo, el murmullo y las notas del órgano, apagándose lentamente, suben confundidos, se pierden en las cornisas y molduras y queda sordo e imponente el eco, despidiéndose con acentos de gigante y haciendo temblar los vidrios de las ventanas superiores.

¿Cómo habían de aspirar ellos a eso?

Siempre que ella pretendía presenciar un matrimonio semejante, la rechazaban de todos lados, hasta ponerla en la calle, sin permitirle que se quedara junto a una columna, a

lo último de los criados, de la concurrencia, después de los lacayos, orgullosos e inmóviles dentro de sus flamantes libreas; la expulsaban aunque prometía estarse quietecita, sin chistar, sin moverse; a ser posible, hubiera ofrecido no respirar.

No le hacían caso.

Unos hombres, que tenían algo de iglesia en los trajes y mucho de verdugos en los modales y con unos largos bastones de plata que llevaban en las manos, se mostraban amenazadores e inexorables.

La casa de Dios le era tan inaccesible como la de cualquier rico vigilado por su servidumbre.

¿No le negaron la confesión, la única vez que intentó hacerla, animada de los mejores propósitos y proponiéndose la enmienda de sus involuntarias faltas?

Fue una tarde, cuando era muy chiquilla, que vio pasar una multitud de niñas vestidas de blanco con coronas y velo en la cabeza, marchando de dos en dos, primero las pequeñas, luego las más crecidas, siguiendo la escala ascendente hasta las directoras de aquella fiesta, dos matronas enlutadas que las vigilaban con cariñosa atención.

Deteníase la gente en las aceras, para dejarlas pasar y llovíanles las alabanzas; retratábase en los semblantes lo conmovedor del espectáculo.

Matilde tuvo envidia, una envidia inagotable de rogarles que la llevaran consigo adonde fueran, pero la contuvo el temor de un desaire, uno de tantos que formaban su alimento cotidiano. Y se conformó con seguir las a respetuosa distancia, sin mezclarse con nadie, a buen paso para no perderlas; quería saber lo que harían, lo que aquello significaba, y las escoltaba enternecida. Llegaron a un templo, no supo cuál porque jamás los frecuentaba y se coló tras ellas, aprovechándose de la admiración que producían y pasar desapercibida. Vio que se formaban en dos alas y encerradas dentro de cuatro bancas, cómo

una de las señoras que las conducía, se sentó al piano, un piano enorme abierto por uno de los costados, y oyó, en dulce arrobamiento, el canto que entonaban a la Virgen también vestida de blanco, con gran diadema prendido el manto y una mirada tan buena, tan afable, que después de un rato de observación parecía que estaba sonriendo. Permaneció largas horas en esa especie de éxtasis, en delicioso arrobamiento, lejos de la tierra, lejos de los sufrimientos, lejos de lo malo. Al regresar de este viaje ideal, oyó rumor de voces, cerca de ella, y volvió la cara acertando a distinguir pegado al muro, un confesionario rodeado de devotas en sus dos ventanillas, cediéndose el lugar unas a otras, marchando despacio y cubierta la cara con negros pañolones, haciendo poco ruido hasta al despedirse del sacerdote, que les extendía la mano y se la besaban con besos sofocados y siniestros, traicionándose la costumbre en el fingido respeto, familiarizadas con el santo sacramento, tratándolo de confianza, como se trata al que se ve diariamente. Eran viejas en su mayoría, de caras angulosas y sucias, no pudiendo distinguirse si rezaban o gruñían, moviendo los labios con una rapidez y una indiferencia extraordinarias. Matilde titubeaba entre acercarse a su vez o continuar de observadora, y algo interior la impulsaba a ir a contar sus cuitas y sus desventuras a aquel señor, que la consolaría, que la volvería buena. Buscó a las niñas y ya no estaban. Sin duda se habían marchado mientras ella vagaba por otras regiones. Comenzaba la luz a abandonar el templo, extendiéndose las sombras por las capillas y los rincones. Por más esfuerzos que hacía, no pudo ver la cara del sacerdote; en el interior del confesionario reinaban las tinieblas.

Levantó la suya y miró de nuevo a la Virgen, pidiéndole consejo, y consultándole sobre lo que debería hacer. Y no cabía duda, sonriente siempre, le hizo seña de que se acercara al sagrado tribunal. Llegó temerosa y contrita pensando en lo que respondería cuando la interrogaran. ¡Era tan mala!

Apenas si quedaban penitentes; una que otra beata retardada, de las íntimas, de las de última hora, preguntando al padre cómo seguía de salud y despidiéndose “hasta mañana”, dándose cita entre sí para el día siguiente muy temprano, en la misa. Notaron a Matilde y la miraron de reojo, indignadas, casi dispuestas a defender a su confesor, creyéndolo en peligro, y sin embargo, apenas hacía bulto sentada en el suelo, con su canastilla al lado. Esperó y esperó hasta que concluyó la última, la más escrupulosa y hasta que oyó que se levantaba el cura, sacudiéndose la sotana, esperezándose, respirando de satisfacción, fastidiado de escuchar tanta necedad y tanto chisme, bostezando irrespetuoso dentro de su oficina, en toda la actitud de dueño de casa, golpeando la puertecita al retirarse.

—¿Qué deseaba? ¿Por qué no hablaba alto?...

—¿Confesarse? ¿Pues qué suponía que había de pasarse toda la vida confesando? ¿No faltaría otra cosa? Además, no la conocía, ¿cuándo se había confesado con él? Buena estaba la ocurrencia, y accionando colérico repetía el “no faltaría más” al alejarse rumbo a la sacristía, olvidándose en su contrariedad, de inclinarse a su paso ante el altar.

Matilde quedó petrificada por tanto mal humor. Nunca se imaginó provocar una tempestad semejante formulando un deseo que le parecía irreprochable. Tuvo entonces una inspiración; llegó hasta las gradas del altar, se hincó en la alfombra que las cubría y se puso no a rezar, sino a hacerle sus confidencias a la única que no la había recibido mal, a la Virgen, algo iluminada ya por una lámpara de aceite, con las facciones un tanto desvanecidas, brillando mucho las piedras de la diadema y los bordados del vestido, su rostro oval envuelto en deliciosa media tinta. Le hablaba con la seguridad de que la escuchaba y de que la escuchaba con agrado, atemorizada por el regaño acabado de recibir

y por la soledad y el silencio del recinto. Se acordó de lo que habían hecho las niñas e hizo lo mismo.

Se inclinó a su canastillo y tomó los ramilletes de flores que no vendió por haber entrado allí, ramilletes que le significaban comer todo un día; los arregló trémula de emoción, y llorando sus infortunios, tuvo alzados sus bracitos un instante. También ella había ofrecido flores.

Las depositó a los pies del altar, no alcanzaba a más y estando en estas fatigas cosechó el desprecio postrero: la despedida brutal del sacristán. A partir de aquella época, se convirtió en antirreligiosa, no volviendo a pisar una iglesia.

Así es que, aun suponiendo que los demás inconvenientes fueran allanables, no se casaría eclesiásticamente. Pero esto era nada y los deseos de Sardín una locura. ¿Cómo era posible que no lo comprendiera así? Lo lógico, lo natural, lo indicado, él no lo aceptaba, lo rechazaba ofendido, ¿por qué? ¿No hubiera sido más agradable, supuesta su mala suerte, que se juntaran sin participarlo a nadie, viviendo así el mayor tiempo posible? ¿Pero casamiento? ¿Adónde se le habría ido la cabeza a Sardín, que discurría de tan lamentable manera? A lo menos nada podrían reprocharle; había procurado premiar el cariño que inspiraba con la única especie de que le era dado disponer: ofreciendo a Sardín su cuerpo, virgen por milagro y en peligro de muerte, ofrecimiento sincero, espontáneo y de acuerdo con sus propias simpatías. Él se empeñaba en rehusarlo, alegando frases incomprensibles y sobre todo, inaplicables. Moral, amor, pureza y otras lindezas por el estilo, sin sentido para ellos, frases huecas, aprendidas sin duda al pasar por un grupo de señores, de esos que se estacionan en las cantinas y hablan accionando.

Estaba segura de que Sardín no las traduciría jamás, tal vez ni las entendía al repetirlas. Sin cesar le echaba en cara su ingratitud y no tenía razón. ¿Ingrata ella? Uno es

ser ingrato y otro reír de lo que no se entiende. Eso sí lo hacía. Cómo no hacerlo escuchando a Sardín sermonearle en serio, asegurarle que la respetaba; que la respetaría mientras pudiera dominarse. Por más vueltas que daba a esos discursos, no atinaba con la falta de respeto. Si era ella misma la que ofrecía, la que instaba. Estarían frescos guardándose respeto. ¿Entre ellos tales melindres? Hasta temía que Sardín se hallara en vía de perder el juicio; no de otro modo podía hacerse cargo de sus extravagancias.

Le apenaba disgustarlo y ya no le quedaba otro recurso; le diría su resolución, manifestándole que era inquebrantable, para evitarse escenas y lloriqueos. ¡Pobre Sardín! Lo que constantemente le había prohibido, lo que había detestado toda su vida, iba a verificarse. Pero también, rechazar las proposiciones recibidas, hubiera sido una locura y ella no estaba chiflada como él; la miseria predispone para la partida doble.

Cuando el alimento no marcha en armonía con la necesidad, se acepta no sólo la regla de tres, la de trescientos.

Y por la noche se lo participó, al concluirse la representación, entre el ruido de los carruajes al acercarse, las despedidas en el pórtico del teatro, el humo de los cigarros, las conversaciones en alta voz, el gas cayendo a raudales sobre los que se van, momentos de ruido y de confusión, en que se ve mucho, se oye más y nadie se entiende, cuando Sardín vendía sus últimos paquetes de fósforos y llamaba un coche de plaza, multiplicado, metiéndose entre los grupos, designando a varias personas por sus nombres, provocando sonrisas y ganando propinas, familiarizado con el formidable vaivén, el ojo listo y la nariz inflada, aspirando a plenos pulmones el aire de la ciudad y el de la noche —sus dos grandes amigas—, ¡servicial, epigramático, granuja!

Ni se fijó al pronto, creyendo que Matilde no se dirigía a él; pero cuando ya en calma, apoyados en el zócalo de una columna, vieron cerrar el teatro y la cantina, cuando se

informó de lo que quería y escuchó la terrible resolución dicha con frialdad, con indiferencia, como cosa resuelta, no pudo contestarle. Sus sueños, sus ilusiones vinieron abajo, derribados con mano cruel, causándole en el estruendo de la caída la atonía en que se hallaba. No quiso oponerse, ni discutir. Matilde, animada con el silencio, lo acabó a razonamientos, demostrándole la utilidad del cambio con frases egoístas, calculadoras, heladas. Iba a estar muy bien, la señorita la quería, le había prometido vestirla, dejarla pasear, hacerla gente.

—Ya ves —exclamó— que nuestra separación será corta, podré salir contigo y ya me daré mis mañas para que me permitan hablarte diariamente cuando acabe el quehacer. Podrás entonces vestirme no teniendo que atenderme, y quién sabe si realizarás lo del matrimonio dentro de uno o dos años, con las economías que ambos hagamos.

¿Pero por qué lloraba? Era una necesidad. En lugar de alegrarse por la mejoría presente que tanto necesitaba, se ponía a llorar.

Sardín, enjugando el llanto, le hacía con la cabeza que no, que no lloraba, y le preguntó con voz temblorosa:

—¿Y cuándo te vas?

Al día siguiente, había perdido muchas oportunidades para perder ésta, temprano, lo más temprano que pudiera y que la señorita la encontrara ya instalada. Si lograba escaparse un instante, se verían por la noche en el parque, frente al pabellón, donde habían dormido.

—¿Se acordaba?

Sardín, lleno de negros presagios, empezó a exigirle una serie de juramentos a cual más terribles, a cual más comprometedores, a cual más difíciles de cumplir.

Nimiedades de enamorado, temores de niño, consejos de perdido.

Matilde prometía y juraba y volvía a prometer y a jurar, complaciente, condescendiendo a sus caprichos, a sus insistencias y a sus miedos.

—¿Quieres tomar café antes de acostarte? —le preguntó Sardín.

—Sí, sí, es una buena idea, magnífica.

—Será la última vez —y al notar que Matilde fruncía el ceño, agregó— que lo tomas en completa libertad.

—No, no sería la última. ¿Por qué se complacía en atormentarla? ¿Acaso iban a morir o iba ella a ser esclava?

Disputándose, llegaron a uno de esos cafetines abiertos toda la noche, refugio de desvelados y de madrugadores. Allí permanecieron algún tiempo, comiendo el mismo pan y bebiendo en el mismo vaso, con el camarero dormitando enfrente de ellos, cómodamente instalado en una silla y descuidando a la amorosa pareja que tan poco se ocupaba de él. Pagó Sardín y en la puerta se despidieron, tristes, friolentos, irritados. Todavía desde la esquina se volvió a mirarla y poniéndose la mano en forma de bocina le gritó:

—¡Hasta mañana!

V

Los primeros días, el asunto, si acaso ofrecía dificultades, no eran insuperables, y la sagacidad de Matilde las hacía impotentes para estorbarles sus entrevistas. Veíanse tres y cuatro veces, aprovechando la menor oportunidad, cualquiera distracción, en la esquina,

junto a la entrada, en alguna tienda; con tiempo apenas de estrecharse la mano y de decirse “cómo te quiero” u otra bobería por el estilo.

Sardín no salía de las calles adyacentes, rondándole la acera, atisbando el momento oportuno, incansable como todo el que quiere, tenaz y desconfiado como todo celoso. Porque estaba celoso; de eso no le cabía duda. En cuanto a averiguar de quién o de qué, le hubiera sido un poco más difícil. De todos y de ninguno; de los cocheros que conducían a la señorita, por las familiaridades que se permiten con las criadas, cuando como en ese caso, valen la pena; de los clientes ricos y considerados, que comienzan por hacer una caricia a la que les abre la puerta; de los que llegan en su juicio y de los que llegan sin él; de los que le hablan y de los que la miran; del que le pidiera un vaso de agua y del que le ofreciera uno de licor; del que acompañara al amigo de la dueña de la casa, y que al quedarse solo, en algo ha de matar el tiempo; de la señora misma; de las conversaciones que escuchara y de los detalles que sorprendiera; de las gratificaciones que recibiera, por la gratitud a que darían lugar; de los instantes en que no estaba con ella y de los que pasaban juntos, deseando que fuera sorda y ciega y que le dieran las viruelas o se le saltara un ojo, o le pasara alguna barbaridad y se pusiera fea, monstruosa, repulsiva; que inspirase ascos y temores en vez de apetitos y deseos; lo comprendía muy bien, más de cuatro habrían de ofendérsela diariamente, con el pensamiento por lo menos, si es que no podían hacerlo con otra cosa; conociendo, cuando le hablaba en sus escapatorias, que se le acercaba profanada, convertida en otra; y la palpaba, le olía la ropa, la identificaba, como quien cura un golpe de consecuencias o restaña la sangre de una herida.

Sin embargo, no se apercibía cambio. La misma siempre, medio indiferente, comunicativa por intermitencias, de mirar vago, indefinido, pareciendo sondear el futuro; lo único notable eran su vestir y su calzado, que realzaban sus gracias, haciéndola mucho más

bonita, con algo de coquetería en sus ademanes y cierta libertad en sus palabras, independiente, dominadora, deliciosa. Lo que mejor aprovechaban, ansiando que llegaran, eran los paseos de la señora, después del mediodía, cuando iba a recorrer la avenida, y al caer de la tarde cuando se dirigía al bosque. Al regresar de uno de éstos, los sorprendió en flagrante delito, conversándose entusiasmados, abstraídos en sus jardines, narcotizados con el poderoso aroma de sus propias ilusiones. Imposible fue negarlo, ni inventar parentescos, ni fingir encargos. La cosa estaba clara; ¿pretendían engañarla, ellos, dos palominos, dos criaturas? Los hizo entrar, más disgustada en la forma que en el fondo, prometiéndose un rato de broma y tal vez premiarlos, dándoles permiso para seguirse viendo. Pero Sardín se opuso, y se opuso con energía, distinguiendo la burla, acertando con la traviesa intención, puntualizando sus derechos y los de Matilde, encarándosele, discutiendo de potencia a potencia, sin fijarse en el contraste de su casi desnudez y el raso y los adornos de la “señora” —como le repetía, acentuando la palabra— mirándola con desprecio, empujándose para alcanzar mayores proporciones, arrojándole las frases a la cara, justiciero y elocuente.

La señora, que comenzó a escucharlo bien dispuesta a su favor, le cargó el chiquillo con su discurso insolente y su voz chillona, y lo echó a la calle sin amabilidad, empujándolo por los hombros, sin despedida, cerrando tras él de golpe, con cólera; riñendo enseguida a Matilde, prohibiéndole ver a ese muchacho tan grosero y tan ordinario; cuidado y la desobedecía, sería implacable; si la veía otra vez charlando con él, podía buscar adonde irse, pues no la había tomado para eso. ¿Quería amante? Pues a otra parte, ella en su casa buscaba seriedad... en los criados —corrigió recordando su profesión.

Sardín salió desesperado; entrábanle tentaciones de pedir socorro a un gendarme, de apedrear la casa o prenderle fuego, conformándose por prudencia, con amenazar al balcón y exclamar por lo bajo: “ladrona”, “poca vergüenza”, “perdida”.

Comprendió que ya aquella era noche muerta, que no dejarían salir a Matilde, y se retiró honrosamente, escribiendo una mala palabra en la puerta, con un trozo de cal arrancado al muro, con caracteres imitación de los de imprenta, aprendidos a fuerza de mirar el rótulo de los periódicos que vendía; letras gruesas, desiguales, cayendo unas sobre otras, epilépticas y tirando a griegas. Riose de su obra y ya al partir, escupió la vidriera. Se había desahogado.

Contó la ocurrencia a Juan, su antiguo mentor, su solo confidente y su amigo íntimo, abultando los pormenores y en espera de una aprobación completa. Mas no fue así; se ganó una reprimenda y una lección. Parecía mentira que se volviera tonto. ¿No comprendía que se había sacado la lotería encontrando para su querida una casa de huéspedes tan económica?

—¿Qué? ¿Que no era su querida? ¿Pues qué era entonces?

—¡Novia!

Buenos estaban ellos para andarse con novias, de veras que era descarado; pero hasta suponiendo que nada fueran, ni novios, ni queridos, ¿no se le alcanzaba que habría podido comer y pernoctar allí, con buena cama y buenos platillos, siguiendo otra táctica y empleando otros modales? ¿Qué había ganado? Dejar de ver a Matilde, perder una gran ocasión y fastidiarse. Sardín empezaba a arrepentirse oyendo a su camarada; en efecto, no estaba bien con su hazaña, empeoraba en lugar de adelantar, pero no había podido dominarse; era duro el papel a que lo hubieran sujetado, reírse de él y de Matilde, no creas que era otro el fin. ¿Qué mal le hacían queriéndose? Ni a ella ni a nadie, tanto más, cuanto

que no faltaban, ni armaban escándalos. Juan contestaba con calma, pesando las palabras con todo el aplomo de la experiencia, rebatiendo los argumentos y desaprobando los actos, el haber escrito esa palabrota sobre todo; naturalmente la leería la mujer, y adiós proyectos de reconciliación y de olvido. Le arrimarían un palo en la próxima entrevista, debiendo darse de santos si no aumentaban las dosis.

—Convéncete de que todo lo que no hagamos por nosotros mismos, es pan pintado; no ha de haber alma caritativa que nos ayude, salvo un caso en que sí nos ayudarán y con gusto: a bien morir; pero de ahí en fuera, ¡que si quieres! Nos está prohibido por conveniencia propia, encolerizarnos, ofendernos, entristecernos y alegrarnos; nos está prohibido sentir, y si por excepción nos conceden sentimientos, no nos conceden el derecho de expresarlos, porque molestaríamos y nos enviarían a nuestro médico ordinario, el gendarme, que ya has visto que con su sola presencia opera prodigios. Recuerda que desde que te adopté, te lo he mostrado como a nuestro enemigo natural; si te empeñas en echar en saco roto mi advertencia, el mejor día te echan a ti donde no volvamos a verte y se acabó el cuento. Calcula todo lo que hubieras logrado haciéndote el bueno, el humilde; una alhajita que se olvida, un pañuelo fino que se bota en momentos de disgusto. Son tan descuidadas esas mujeres, y claro, como que no les cuesta no se fijan.

Y observando que Sardín no admitía los últimos consejos, concluyó:

—¿Vuelves con tus escrúpulos? Pues lo siento por ti, nunca harás carrera.

Juan tenía razón, pero hasta cierto punto, que en cuanto a robar, jamás había de hacerlo; eso no, conformábase con su destino, con lo que no se conformaba era con no ver a Matilde, sin ella no se hallaba contento en ninguna parte. Sentíase capaz de ir a pedir perdón, de arrodillarse, de implorar, de acometer lo que le exigieran, de ejecutar los oficios más bajos, los más inmundos, aunque no los pagaran, ni se los agradecieran; bastante

pagado quedaría con un rato de charla con su Matilde, un rato de estar cerca de ella, acariciándola a sus anchas, besándola en el cuello con besos apagados y fugaces, como son todos los que se dan a hurtadillas, sin que por ello pierdan el sabor. Principiaba a pesarle el haberla respetado; supuesto que no habían de casarse, ¿qué más daba? La haría su querida, pero de él solo, exclusivamente de él, sin participaciones ni ayudas extrañas. Lo que es para eso se sobraba y se bastaba. ¡Vaya si se bastaba! La separación era la muerte, pero una muerte cruel y despiadada, entrando poco a poco, deleitándose en su obra de destrucción. No la resistiría; ¿a qué, pues, seguir martirizándose, teniendo como tenía el remedio al alcance de la mano, bastándole para obtenerlo, abrir la boca, hacer una seña, decidirse? Apenas si durmió pensando en la satisfacción que debía pronunciar con aspecto contrito y protestas de enmienda, que cumpliría al pie de la letra, según se lo ordenaran.

Llegose muy de mañana, encogido, indeciso, sin prever lo que aconteciera y dando vueltas a la reflexión de Juan; ¿si por una desgracia se realizara y le pegaran un estacazo?; y casi se detuvo, con ganas de marcharse, tentándose las costillas para cerciorarse de su integridad. Al acercarse a la puerta se encontró con su primer acusador, medio borrado pero existente siempre, delatándolo a la legua y resistiendo a las moralizadoras intenciones de los que al pasar habían querido concluir con él. ¡Maldita palabra! ¿Para qué la escribiría? A esas horas, ya sabría la señora quién era el autor y debía estar esperándolo para recompensarlo. Se puso junto a ella cubriéndola con el sombrero, tratando de despintarla con los codos, con las mangas, con cuanto encontraba, y nada. Las pocas letras componentes seguían firmes, inmutables, sin ganas de largarse ni de grado ni por fuerza, con todas las intenciones de eternizarse allí, a la vista de todo el mundo, convirtiendo a la dueña de la casa en el objeto de las burlas y de las risas del primer desocupado, arrancándole la careta, publicando a gritos lo que se sabía por lo bajo. Mientras más las

restregaba parecían adquirir más claridad y mayor fuerza. La rabia que le había hecho escribirlas, le había hecho cargar la mano de un modo tal, que cambió el dibujo en grabado. Era un bajo relieve indecente y de duración indefinida, con la pintura arrancada, dejando ver las incisiones profundas del guijarro que las causó en el tablero superior, a la altura del llamador que de lejos simulaba un signo de admiración justificada, codeándose con un lenguaje tan soez. Sabe Dios lo que aquello duraría, lo que es borrarla era imposible; pero negaría ser él quien la había escrito. No era el único que pasaba por aquella calle, y entre los que pasan, ¡hay tantos malintencionados! Sin ir muy lejos, bien podía echarse la culpa a los alumnos de alguna escuela, de los que salen en tropel dándose de puñadas, destruyendo los libros, corriendo desaforados y que se sacan trozos de tiza con la que escriben en las paredes lo bueno o lo malo que se les ocurre, llegando en ocasiones a pisar los umbrales del dibujo con calaveras riendo a carcajadas o caras casi humanas representando al catedrático, por el letrero que ponen debajo con su nombre y no por el parecido del retrato. Ésa era la salida, y orgulloso de su agudeza, llamó por tres veces consecutivas, sonriendo al pensar en el sofocón que iba a llevar Matilde viéndolo llegar con esas ínfulas. Aguardó un momento, comprendiendo que aunque el día iba a convertirse en su mitad, para ellas debía ser la madrugada. Necesitaba no echarla a perder y dominar su impaciencia. Se fumó un cigarrillo con calma, prolongando su duración y conservándole la ceniza, hasta que se quemaba los dedos, hasta que rindió el suspiro postrero, ardiéndose hasta no existir. Llamó de nuevo con más fuerza aún, dando a entender que no estaba para perder su tiempo, sin separar la mano del llamador, sin soltarlo, poco dispuesto a conceder otra prórroga. Cuando oyó correr el cerrojo sintió que le disminuían los bríos y que un escalofrío se le paseaba por el cuerpo. Mucho le sorprendió que no fuera Matilde la que salió a abrirle. ¿Se habría desvelado también? ¿O a consecuencia del disgusto estaría enferma?

La criada lo interrogó malhumorada, con sueño, indignada del aspecto exterior del visitante.

—¿A quién buscaba? ¿A la señora? Estaba durmiendo todavía, pero podía dejarle a ella la carta o el recado que llevara. ¿De parte de quién iba?

—Pues iba de la suya, sin carta ni recado, tenía que hablarle personalmente de un negocio urgente. Dígale usted que la busca Sardín; ya me conoce y me mandará entrar. Muévase usted, criatura, ¿qué me ve usted tanto?

Cerró la muchacha, mientras entraba a comunicar lo que le exigían, y Sardín exclamó al mirarse con la puerta en la nariz:

—Hombre, qué grosería; éstas no conocen la educación.

—Que podía pasar, sí, por ahí, a la izquierda, en el dormitorio.

Descubriose Sardín respetuosamente avanzando con cautela para no tropezar con un mueble o con un tiesto de flores, admirado del lujo en alarmante *crescendo*, cuadros, pájaros en jaulas doradas, pero jaulas como iglesias pequeñas, con campanarios, y puertas y ventanas, llenas de labrados y de preciosidades, suspendidas de unas cadenas que, según su cálculo, harían buen papel acompañando al reloj de un caballero. Sin embargo, como hombre de mundo, no dejaba adivinar sus impresiones por más que caminara de asombro en asombro; esperando salir de allí a narrar su viaje maravilloso a los de sus compañeros que no conocieran esas cosas. Con razón Matilde siempre había tenido deseos de instalarse en tales casas; debía estarse bien rodeado de todo aquello, connaturalizándose con los de los ricos. Y como le indicaron que a la izquierda, metió la cabeza en la primera puerta que encontró entornada, sin alcanzar a ver ni pizca y sintiendo junto a sí algo como un género pesado despidiendo un olor especial, muy semejante al que despiden las tiendas de ropa cuando hay muchos parroquianos examinando telas en el mostrador. Creyó haber

equivocado el camino y quiso marcharse, pero no pudo; íbansele los pies en la pared negra que se hundía a cada uno de sus esfuerzos por desasirse; escuchó distintamente que le gritaban que pasara, y en su ansia por obedecer, por hacerse grato, de repente le pareció que la pared se abría, no pudo ya contener el empuje y cayó de bruces dentro de la pieza, deslumbrado y atarantado por el golpe. La señora se incorporó en el lecho, colocado en medio de la habitación, para averiguar la causa del estruendo, y al distinguir al pobre Sardín que se levantaba corrido y avergonzado, le entró una risa tenaz, convulsiva y estrepitosa. Sardín comenzó a sonreír pasándose la mano por la parte dolorida y concluyó haciendo coro con la señora, más por galantería que por deseos, suponiendo de buen tono no desterrar el buen humor con que se le recibía. Lo había derribado una cortina de terciopelo cruzada por gruesos cordones y que cubría la puerta toda. A no ser por el porrazo y sus consecuencias, le hubiera faltado el resuello dentro de la cámara. Sí le parecía decoración de comedia de magia; todo era nuevo, original, desconocido. Desde la alfombra, hasta el cielo raso pintado de muchos colores, no se veían más que prodigios.

La luz entraba tamizada por un transparente curiosísimo; una mujer enteramente desnuda, sentada a las orillas de un arroyo y dejándose picar de un ganso blanco muy distinto de los que conocía, con el cuello largo y arqueado, las alas desplegadas sobre las ondas, como acercando las distancias, y cortando la espuma con el pecho esponjado. Lo que más le agradaba, era que el tal ganso tenía mirada de gente, y fija en la bañadora.

Y en todas partes, en las paredes, en los rincones, en el tocador, cuadros pequeños con marcos de felpa, juguetes, figuritas, frascos de esencia llenos de cintas.

Sobre la luna del tocador, otra mujer, quién sabe de qué, vestida de baño, inclinada, las manos juntas por encima de la cabeza, como un nadador que va a tirarse al agua, casi esperándose que por momentos se sumergiera en la palangana.

Del centro del techo pendía una lámpara enorme de cristal azul, y colgando de ella, dos niños de porcelana, abrazados y sentados en un columpio con cordones de seda roja.

Sofás, sillones, unos objetos de mimbre con plantas artificiales que olían como si fueran de verdad; un guardarropa con un espejazo colosal y sobre todo, la cama, ésa era el acabose. Dorada también, alta, con columnas retorcidas, sábanas blanquísimas, almohadones, un colchón tan raro, que con la risa de la señora, se movía solo.

Reconoció a Sardín, y quiso ponerse seria, sin cuidarse de lo que éste pudiera ver, apoyada en un codo sobre el que caía, arrugándose, la camisa en busca de su centro de gravedad.

Pero Sardín, repuesto del susto, se desató en su peroración, como quien recita un trozo aprendido de memoria, enredándosele la lengua, aligerando su conciencia para salir del paso. Había sido un majadero, un ordinario, pero ella lo perdonaría, prometía no volver a hacerlo, al contrario, ofrecíase a sus órdenes para las comisiones delicadas; podía ponerlo a prueba y no se arrepentiría; pero si supiera, quería tanto a Matilde, ya debía figurárselo, juntos desde pequeños... y nunca se habían separado, aquélla era la primera vez. ¿Lo dejaría ir a visitarla, verdad? Por lo menos cada tercer día, a cualquier hora, a la que fuera menos molesto y nada más un ratito, diez minutos o cosa así. Al cabo esa licencia, ¿qué podía importarle? Prometía estarse tan quieto, que los concurrentes ni sospecharían su presencia. Se conformaba con la cocina o con el corredor interior, donde le dijeran.

La señora lo escuchaba interesada, envidiando a Matilde, envidiando un amor semejante, tan desinteresado, tan profundo, tan sublime. Adivinaba tesoros de delicias, de delicias que había soñado sin realizarlas jamás, y le simpatizó el muchacho con la tez encendida, despeinado, brillándole los ojos al hablar de su amada, transfigurado, ideal, grande. Apenábale tener que confesarle la fuga de Matilde, se le resistía, iba a hacerle daño.

Pero era preciso, indispensable, y dulcificando las palabras y la voz, le indicó el desastre, esperanzándolo con que tal vez se había marchado para buscarlo a él.

Sardín sintió un vuelco en el corazón y supuso que era una broma que aquella señora gastaba para reír un rato más, como había reído con él, al caerse; creyéndola partidaria de lo alegre, de lo ligero, de lo superficial.

—Te digo que se largó en la misma noche, a poco de que tú te fuiste.

—¿Que se largó? —repitió Sardín, y al oír que le ratificaban la noticia, preguntó con un candor, impropio de sus antecedentes:

—¿Y no sabe usted adónde?

—¿Adónde podía irse de noche, una muchacha como Matilde, bonita y viciosa? Si no se había ido con él, se habría ido con otro. ¿No lo comprendía?

Sí, Sardín comprendió, y loco, dando aullidos de dolor, salió de la casa sin preocuparse de los desperfectos que causaba en su carrera desesperada.

VI

Se le pasaban los días sin encontrarla, por más que la buscaba como puede buscarse un alfiler, desplegando una actividad que hubiera significado un ascenso al agente de policía que con menos recomendaciones contara. No se atrevió a tomar informes en la Inspección de Sanidad, porque nada adelantaría. Sabía de antemano que aun supuesto el caso excepcional de que lo escucharan, no habían de hacerle caso. Se lo quitarían de encima como quien se espanta un moscón, quedándose en la ansiedad de antes, agravada con una

reprimenda. Limitose a recomendar a todos los compañeros que en cuanto la vieran se lo comunicaran, haciendo él por su parte, jornadas inconmensurables y tentativas sin cuento. Todo era infructuoso, parecía que a Matilde se la había tragado la tierra. De nada le servía conocer la ciudad como a su propia casa: es tan grande, que siempre le quedaba algún barrio por escudriñar, alguna casa sospechosa en que asomar las narices. Indudablemente estaba fuera, en el campo tal vez o en otra ciudad cercana; ¿cómo y con qué se iría en su busca? El chico, que nunca fue grueso, enflaquecía a ojos vistas consumido por la fiebre, por las privaciones y por el padecimiento moral.

Apenas hablaba, no vendía nada y la comida la alternaba con la fiebre; ambas eran tercianas.

Sus mismos compañeros, no muy impresionables generalmente, estaban preocupados de las dolencias de Sardín, agotando su reducida terapéutica por mejorarlo. Rechazó una contrata ventajosa: servir de anuncio ambulante con traje de fantasía, sin más obligaciones que pasear un cartelón y nutrirse a su antojo. A las reflexiones que le hicieron mostrándole lo desacertado de la negativa, respondió que el aceptar le entorpecería lanzarse en pos de Matilde cuando la encontrara, cosa que tenía que suceder. De tiempo en tiempo se dirigía a la casa de “esa señora”, a la que guardaba inacabable rencor, y de paso, sin entrar, se informaba de si Matilde había vuelto.

En cierta ocasión, uno de sus socios creyó haberla visto en un carruaje de alquiler, muy apartada del centro y en compañía de gente cilla, algo así como obreros sin trabajo y ebrios, acompañados de mujerzuelas y armando una barahúnda infernal. Comunicó a Sardín sus temores, porque conocía a una de las acompañantes, domiciliada en una casa popular y mal concurrida por su baratura.

Sardín hubo de sufrir malos modos, indirectas en espera de Matilde. Lo informaron de que, en efecto, allí vivía.

Antes de llegar, habíase provisto con un amigo —tenía tantos— de un cuchillo feroz, ligeramente oxidado en la punta, con cabo de madera ennegrecida por el uso y la hoja curva y ancha, yendo de mayor a menor.

—Es un bicho que espanta —le dijo el dueño al prestárselo, y espantaba tanto, que Sardín se lo guardó en la bolsa hasta lo que llamaba el momento oportuno. ¿Por qué consiguió el cuchillo? ¿Para qué lo necesitaba? No se respondía, al menos con razones convincentes. Cuando supo en lo que Matilde se había convertido y se decidió a ir a verla, le pareció natural proveerse de eso, de un cuchillo o de cualquier arma destructora. Lo esencial era destruir a Matilde o algo. Y cuando la vio venir acompañada de otras mujeres hablando a voces, prodigándose epítetos, no todos aceptables, sintió que el corazón se le oprimía hasta cesar de latir, sintió ansias horribles, que lo ahogaban, deseos de dar gritos, y tambaleándose, con el alma agonizante de dolores inmensos, se le acercó, le interceptó el paso y se quedó mirándola mudo, cadavérico, lloroso. Buscó el cuchillo, y al tropezar con él, retiró la mano horrorizado, dándose miedo a sí mismo, sin fuerzas para ejecutar un crimen disculpable. Matilde, ligeramente beoda y conociendo su influencia, le habló sin temores y sin asombro, sin el más pequeño pudor, orgullosa de su nueva carrera, de la que cosechaba los primeros laureles, queriendo demostrar a sus compañeras que sabía tanto como ellas, que tenía también un amante indigente que la maltrataría, que le exigiría dinero, que le arrimaría sus palizas de vez en cuando, que la celaría, que darían escándalos y estarían presos y detenidos con frecuencia. De tal suerte, que casi se alegró de ver a Sardín; preparaba su golpe teatral al que todo contribuía a dar mayor realce, la noche, la soledad de

la plazuela, el aspecto del mozo y el de las infelices de sus amigas, esperando un desenlace ruidoso y brutal, en los que diariamente son actoras o testigos.

—¿Por qué no la abrazaba? Se hacía el enojado. ¿Y de qué? ¿Acaso él la mantenía o podría darle lo que ganaba? No seas tonto, confórmate y nos seguiremos queriendo. Tenía un día libre en cada semana, día que le dedicaría por completo, yéndose donde quisieran, dueños de su tiempo y de su juventud. No todos nacían con la misma estrella, esa era la suerte que les había tocado y era más cuerdo seguirla con resignación. Le tendió la mano, atrayéndolo con insistencia y mezclando en sus palabras, lo práctico y lo dulce, lo egoísta y lo intangible.

Sardín avanzó hasta donde estaban las otras mujeres, sin contestar a Matilde, haciendo esfuerzos por contenerse, y cuando estuvo cerca de ellas les dijo con una voz imperiosa, ronca, que no admitía observaciones:

—¡Márchense ustedes!

Y se marcharon, obedientes, sin objetar, haciendo señas a Matilde de que las siguiera, felicitándose de verse libres de aquel lío y compadeciendo a la que creían próxima víctima de un celoso intransigente. Sardín esperó a verlas desaparecer, y con el mismo tono, tomando a Matilde por un brazo, la alejó de la casa, exclamando:

—Óyeme un momento.

Se sentaron en el quicio de una puerta, confundidos en un solo bulto, difícil de clasificar, envuelto en la oscuridad, recibiendo por intermitencias, una débil luz del cercano reverbero, hablando Sardín sin cesar, recorriendo en su delirio, desde el mandato inapelable hasta la súplica rastrera, olvidando lo acaecido, perdonándolo, corriendo un pesado velo sobre la última monstruosidad, ofreciéndole una existencia llena de privaciones, pero congestionada de dicha.

“Vive conmigo”, era el tema favorito, al que volvía a cada frase.

Había ido para matarla, lo confesaba, y una vez junto a ella no podía ni golpearla como merecía.

—Y mira, no te engaño —le decía mostrando el cuchillo—, pero de nada me sirve.

Matilde se puso seria al ver el arma, y quiso huir. Sardín la detuvo; ¿por qué se iba? ¿No le repetía que nunca le haría mal? Podía calmarse, y para acabar con sus temores, arrojó el cuchillo al arroyo, con fuerza, oyéndose un sonido de hojalata cuando chocó con los guijarros. Volvió a la carga con más denuedo, aceptando y pasando por todo, menos por verla como la veía. ¿No recordaba los sacrificios que se había impuesto por ella? ¿No recordaba la noche del pabellón en que por un exceso de cariño, mal entendido si quería, la respetó contra su gusto? ¿Y para qué? ¿Para que ella hubiera parado en eso? Si no podía creerlo; se iría con él, no era así, desde ese momento, sin que volviera a mencionarse aquello, como si jamás hubiera existido. Matilde se oponía, alegando compromisos contraídos, deudas anteriores, persecuciones en lontananza si se iba.

—Convéncete que no es que no te quiera —decía besándolo para dar mayor fuerza a la expresión— sino de que es imposible. En ese mismo instante estaban corriendo un riesgo inminente, que la extrañaran y salieran en su busca. ¿Adónde lo mandarían a él? Mientras que si la dejaba en paz, sería otra cosa.

—¿Decididamente no? —preguntó Sardín.

—Dame un remedio y lo haré —contestó Matilde.

Tenía razón, no había remedio, y encontrando salida al llanto que lo había estado ahogando, se abrazó a ella empapándole el hombro en que acomodó su cabeza. Matilde se enterneció un poquillo y lo calmaba a su manera, siempre prometiendo la ventura anhelada,

siempre el mañana. Se enderezó Sardín y enjugándose sus lágrimas, se despidió de ella, abrazándola toda, besándole los ojos y la frente y la boca, cuanto encontraba a su paso.

—¿Vendrás mañana?

—Adiós —repuso él retirándose, después de reflexionar la respuesta y sin volver la cara una sola vez.

VII

En el trayecto se iba riñendo con palabras durísimas; no tenía vergüenza, ni nada; ¿pues no la dejaba en esa casa y se venía él tan fresco, sin siquiera haberla señalado o haberla muerto? No, señor, se conformaba con besuqueos y simplezas, sabiendo que era de todo el mundo menos de él, que tanto la había querido, que tanto seguía queriéndola. Imbécil y cómo ha de reírse de mí; pero no se reiría más, lo prometía. Eso estaba para concluirse y no con muchas risas por cierto; quizá por la segunda vez, haría llorar a Matilde. Bien pensada la cosa, hacía tiempo que debía haberla ejecutado. Era triste, no había de serlo; pero no tanto como seguir viviendo sobre ese pie. Se mataría, ¿por qué no? Ni quién se lo impidiera, al contrario, hasta Matilde quedaba libre de sus impertinencias. No habiendo podido destruir a nadie, se destruiría a sí mismo.

Las únicas caricias que recibió en el mundo le fabricaban su sepultura. Nacido de la tierra, se regresaba temprano a ella, como el que sale a dar un gran paseo y se siente desalentado a los primeros pasos. Ignoraba si lo bautizaron, pero en cambio estaba seguro de que lo enterrarían. Vivió sin padrinos y sin afecciones; moriría sin dolientes y sin

herederos. El ayuntamiento, que le había negado un vestido, no podría negarle un ataúd. El género de muerte, sí le parecía inhumanitario; eso de tirarse así como así a una acequia, no debía ser muy agradable; y luego, sabiendo nadar, esto prolongaría el negocio. ¿Pero de qué otra manera podía despacharse? Los pobres como él, tienen que buscar lo barato hasta en eso. ¿Quién había de facilitarle una pistola?, y en cuanto al cuchillo, siempre le inspiraron horror las heridas que produce. La sangre lo impresionaba y no se creía con el valor suficiente para recetarse dos o tres tajos que lo concluyeran. No tenía más, se dejaría ir resuelto y no se movería.

Maquinalmente ofreció dos cajas de cerillos, restos de su comercio, a alguien que no vio y que se las compró sin hablarle. Al sentir la moneda en la mano pensó en lo que hacía.

—¿Y esto de qué me sirve? —exclamó mirándola.

Y al pasar junto a uno que pedía limosna con la mano extendida, sufriendo en silencio que se la rechazaran, volviendo a extenderla con la tenacidad del que no ve y del que no ha comido, le dejó caer la moneda; el ciego retiró la mano con ansia, temiendo que se arrepintiera el de la caridad al notar que daba plata, plata reconocida con el tacto y murmuró:

—¡Dios lo ampare, hermano!

Cuánto tiempo hacía que no le hablaban de Dios y cómo lo necesitaba. Habíalo recordado pocas veces en su azarosa vida y ahora, reconocía el olvido, palpaba la ingratitud, se arrepentía. Regresó a recomendar a aquel desgraciado que rezara por él, lo ayudaría a bien morir, y considerando la suerte reservada a Matilde, que no cesaba de bailarle ante los ojos, le dijo:

—¡Oiga usted, rece por dos niños que se han muerto!

El ciego movió los labios haciendo que sí con la cabeza, quién sabe si obedeciendo la orden o censurando la extravagancia. Sardín se sintió bien, más tranquilo, como el que ha hecho sus disposiciones y se despide del notario; apretó el paso, y al poco rato se encontró en el principio de la calzada de la Reforma. La oscuridad de la noche se aumentaba allí por los árboles que cubrían con sus ramas a los focos de luz, prolongando las dimensiones, haciéndola interminable.

Los bancos de piedra y los desiertos pedestales, simulaban otras tantas manchas grises sobre un fondo negro, silencioso y lúgubre. Echó a andar por el centro, deteniéndose en ocasiones a tomar aliento y a enjugarse el sudor; sin embargo, la temperatura estaba fresca. Cerca ya de la plazoleta habitada por el monumento de Colón,⁴ tuvo miedo de la estatua, de los frailes que la acompañan, del jardincito que la defiende, de lo que él iba a cometer, y se detuvo jadeante, nervioso, deseando un auxilio inesperado en medio de tanta soledad, retardando el atentado para dar tiempo, ¿a qué?, a todo y a nada, a que se abriera una de las casas que bordean el paseo y saliera cualquiera a impedirlo, todas están habitadas y habitadas por ricos, a que un guarda lo creyera robando plantas y lo llevara preso, a que surgiera una casualidad o estallara un cataclismo.

Y se puso a escuchar con el oído atento; apenas si percibía el ladrar lejano de algún perro y el rumor imponente de la ciudad llevado en alas de los vientos.

Esperó así, inclinado, y nadie llegó; ¿quién se preocupa de un pobre diablo que va a desaparecer? Le entristeció verse abandonado a su edad, y levantó la cara obedeciendo a esa necesidad que obliga a los que verdaderamente sufren a recurrir a la altura, en los momentos de crisis supremas, en busca de auxilios y consuelos, y la figura de Colón se

⁴ El monumento a Cristóbal Colón, proyectado para conmemorar el primer Centenario de la Independencia de México, se ubicaba originalmente en el Paseo de la Reforma. Véase: <http://www.ciudadmexico.com.mx/attractivos/monumento_%20a_%20colon.htm>.

destacaba precisa e inmóvil, sobre el marco nebuloso que le brindaba el firmamento; no le dio miedo entonces, al contrario, esa masa negra simpatizaba con su tormento, y como si adivinara el estado de su ánimo, con su diestra levantada, parecía indicarle el único refugio de los desheredados: ¡el más allá!

Recordó al ciego acabado de ver, y hubiera jurado que el señor cura, aquel amigo de sus primeros años, pasaba a su lado plácido y risueño, reiterándole su recomendación: que fuera siempre bueno.

No quiso matarse ahí, al cabo le sobraba el local; y se puso a correr para que no lo alcanzara el arrepentimiento.

Lo haría en la otra plazoleta, en la de Cuauhtémoc,⁵ era la más a propósito, más aislada, más solitaria; allí sí, que ni quien lo mirara, no a esa hora en que el paseo estaba tan abandonado como él, sino al otro día; trabajo les daba para que encontraran su cadáver; tendrían que buscarlo ex profeso o que encontrarlo por casualidad. De pronto surgió una claridad en que no había reparado, que le salía al camino como si hubiera estado acechándolo y quisiera ofrecerle su momentánea compañía; abriéndose paso trabajosamente por entre el follaje de los árboles, y saliendo por un balcón abierto y colgado de enredaderas y trepadoras, de una de las casas vecinas. Distinguíase, apoyada sobre el barandal, una sombra femenina en actitud meditabunda; tal vez esperaba a su novio que iba a llegar dentro de poco, anhelante y rendido, y ella contaba los minutos presa de la ansiedad que origina esa clase de citas. Sardín ni la envidió, para él todo había concluido. Al encontrarse en la segunda plazoleta quiso despedirse de Cuauhtémoc, como de Colón, enviándole una mirada curiosa, con la certidumbre de que eran las postreras. Algo le

⁵ Francisco H. Jiménez fue el arquitecto encargado de erigir la escultura de Cuauhtémoc, ubicada en la segunda plazoleta del Paseo de la Reforma. Véase la imagen aquí.

consoló el ademán viril que guarda el soberano azteca, erguido y amenazante, próximo a descargar un furibundo golpe a la inhumana ciudad. Al maldecirla, que eso era lo que estaba haciendo, defendía su causa, constituíase en su defensor y ejecutor testamentario, lo vengaba. ¿Qué otra cosa podía legar sino un caudal de maldiciones? Eligió el sitio para ahogarse, y se sentó a la orilla de la acequia, tratando de profundizar en sus tinieblas, cuál sería el punto menos cenagoso, el que le brindara mayores garantías de rápida destrucción, indeciso y atemorizado, cuando aguzó el oído, lleno de recogimiento y de ternura.

Oíase un piano invisible mandar sus melodías por intervalos, según la dirección del aire, que las apagaba con brusquedad o voluptuosamente las prolongaba.

Sardín, fuera de algunos trozos de música de zarzuela, no era muy fuerte en la materia, pero la que oía le hacía mucho bien, tenía lo suspenso y encantado. Indudablemente quien tocaba era la señorita del novio, y esa pieza tan linda era la contraseña. ¡Cada arpeggio quería decir que lo aguardaba, cada acorde significaba una esperanza, cada nota adelantaba una caricia!

Pensando en esto, lo sorprendió una nube de argumentos, convenciéndolo de que sería muy tonta su muerte, sus padecimientos ignorados, y su sacrificio desconocido; pero se acordó de Matilde prostituida, de su abandono, de su miseria, rechazó las tentaciones y víctima de un sacudimiento nervioso que le hacía perder la cabeza, exhaló su último adiós y sin embargo, no se tiró. Veía algo, sí, no le cabía duda; aparecían en la calzada las linternas de un carruaje, oscilando suavemente y aumentando en sus dimensiones. Pretexto plausible para alargar su agonía; no le pareció decoroso suicidarse entonces; en cuanto el vehículo pasara o se detuviera, sería otra cosa. En efecto, un coche avanzaba al pacífico trote de sus caballos, el cochero indolentemente apoyado en el pescante, dejando flotar las riendas, con el convencimiento de no acarrear peligro, y dibujándose los números de los faroles sobre

la menuda arena del piso. Se ocultó Sardín, y cuando el coche estuvo enfrente de él, sólo un instante, escuchó partiendo de su interior, un murmullo de besos y de risas.

Por poco los silba; el granuja había adivinado el objeto del nocturno paseo.

—Todos somos lo mismo —dijo, y contra su voluntad, impelido por una fuerza extraña, cayó en el agua, que se abrió con un rumor sordo y fugaz para recibir al huésped voluntario; ¡rumor al que contestaron, el del coche, que se perdía en las sombras y el del piano, que se perdía en el espacio!...

VIII

Al día siguiente, previa identificación del cadáver, que reposaba negro, ventrudo, desfigurado, en el fondo sucio de una camilla, el empleado que expedía la boleta para la inhumación, preguntó las generales del chiquillo.

La edad aproximada: quince años; la profesión reconocida: vender cerillos.

—¿Y dice usted que es suicidio? —se informó por curiosidad.

—Así parece —respondió el agente de policía. ¿Quién podía interesarse en la muerte de un fosforero?

—¡Es verdad. Vaya, un pillo menos! —repuso al firmar.

¡Y ésa fue la oración fúnebre de Sardín!